

SIMÓN BENÍTEZ PADILLA

LA OBRA CIENTÍFICA
DE VIERA Y CLAVIJO



GOYA EDICIONES
SANTA CRUZ DE TENERIFE
CANARIAS

1952

SEPARATA DE LA
HISTORIA DE CANARIAS
DE VIERA Y CLAVIJO
EDICIÓN DE
GOYA EDICIONES

Talleres Artes Gráficas de Goya Ediciones, Santa Cruz de Tenerife

III

LA OBRA CIENTÍFICA DE VIERA Y CLAVIJO

Por Simón Benítez Padilla

Vocación **N**ACIDO Viera en el primer tercio del setecientos, no pudo recibir otra enseñanza pueril que la escolástica imperante. Un rayo científico deslumbrador hizo encontrar su camino de Damasco, en el apartado claustro del convento y estudio de Santo Domingo de la Villa de la Orotava, donde cursaba brillantemente la filosofía peripatética y la teología escolástica.

Él mismo nos relata su conversión:¹ «Mas véase aquí que en medio de la lóbrega noche de estos miserables estudios, llegó de improviso a

¹ JOSÉ VIERA Y CLAVIJO, *Memorias que con relación a su vida literaria escribió Don _____*. Preceden a la edición póstuma de su *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias*, Gran Canaria, 1886, págs. X-XI.

alumbrarle una ráfaga de feliz claridad. Por fortuna le dió a leer un amigo suyo las obras científicas de Feijóo; y al paso que las iba leyendo, o más bien devorando, se iba presentando a su razón otro nuevo mundo científico, y a su espíritu otros inmensos horizontes. Así fueron éstas como las primeras semillas de cultura y literatura sensata, porque sin pérdida de tiempo se aplicó a traducir el inglés, francés e italiano, con algunas nociones de griego; cuyos libros, instruyéndole, desengañándole y divirtiéndole, le hicieron vivir en el siglo de las luces, en que muchos no viven».

Este Siglo de la Iluminación ya no cesaría de ser el de Viera. Imprégnales de tal modo que, si acompañamos a nuestro autor en su labor intelectual —científica, histórica y literaria—, habremos recorrido enteramente el siglo XVIII europeo, de que es Viera, en España, su expresión más acabada.

Abrazado el estado eclesiástico y trasladada su residencia a La Laguna, en la misma isla de Tenerife, cuando contaba 26 años, en el de 1757, pronto incorporóse a la tertulia que se celebraba en el palacio del marqués de Villanueva del Prado, don Tomás de Nava Grimón. Este cenáculo de próceres, en frase del mismo Viera, «procuró desacreditar la barbarie e introducir las luces».¹

Tarea nada fácil ni cómoda en aquéllos ni en ningún tiempo. Por ello más de agradecer. Cerca de diez años más tarde, en el de 1765, los refractarios a las doctrinas del areópago lacunense hacían circular un escrito en que lo ponían en mofa:² «...porque aquí todos están contentos con sus escuelas que han tenido quando muchachos en los conventos de religiosos. Allí, decían los viejos, aprendimos nosotros y allí han de aprender nuestros hijos. Éstos son nuestros Colegios y nuestras Universidades: allí aprenden todos la religión cristiana, a leer y escribir, y lo demás con que se hacen frayles y clérigos, abogados y capitanes de navíos. Pero aora está La Laguna mui honrada, con un congreso que parece Salamanca. Tiene presidente, cathedráticos, colegiales mayores y vedel. El presidente es el abate Viera. Los cathedráticos son el Marqués Nava, el Marqués de S. Andrés por su muger y D. Miguel Solís. Los colegiales son D. Lope Hijo de la Guerra, D.^o Fernando Molina, D.^o Andrés

¹ *Memorias cit.*, pág. XVI.

² *Historia de arriba y abajo*, publicada por ANTONINO PESTANA RODRÍGUEZ en «Diario de La Palma», núms. 324 a 327, Santa Cruz de La Palma, 4-7 de marzo de 1913 y reproducida por A. MILLARES CARLO en su *Ensayo de una bio-bibliografía de escritores naturales de las Islas Canarias (siglos XVI, XVII y XVIII)*, Madrid, 1932, pág. 560.

Gallegos, D.ⁿ Segundo y D. Faustino de Franchys y el vedel es D. Juan Cocho, y, de ausencias, Luis Bernardo».

Tuvo la tertulia su «Papel hebdomadario», que durante los años 1758 y 59 ofreció al público, en cincuenta periódicos, varias noticias instructivas sobre historia natural, física y literatura.¹

¿En qué fuentes bebían los tertulianos sus nociones científicas? Originariamente en el P. Feijóo; Viera mismo nos lo ha confesado. De Feijóo recibieron, sin duda, el espíritu razonador y combativo, para rechazar audazmente y con zumba las leyendas legadas por la superstición popular, sometiéndolas a los dictados del sentido común, que poco antes había afirmado Descartes que era la cosa mejor repartida del mundo. Y de Feijóo asimismo la rehabilitación de la nueva Filosofía Natural o experimental y el rechazo de la vacua palabrería de la Escuela. Véase en qué enérgicos términos se expresaba el famoso benedictino:²

«Traxo en una ocasión a mi Celda don Juan de Elgar, excelente Anatómico Francés, que hoy vive en esta Ciudad, el corazón de un Carnero, para que todos los Maestros de este Colegio nos enterásemos de aquella admirable fábrica. Con prolixidad inevitable nos fué mostrando parte por parte todas las visibles que componen aquel todo, explicando juntamente sus usos. Éste y otros objetos semejantes hacen el estudio de los modernos; mientras nosotros, los que nos llamamos Aristotélicos, nos quebramos las cabezas, y hundimos a gritos las Aulas sobre *si el Ente es unívoco e análogo; si trasciende las diferencias; si la relación se distingue del fundamento*, etc.»

Algo más que la implacable crítica feijoniana estudiaban para ilustrarse los contertulios del *abate Viera*. «Tienen de memoria quatro foxas del tratado *De la Opinión*, y de la *Phísica* de Nolet, y la *Historia* de Voltaire, herege de primera clase», dice su detractor de 1765, en la divertida *Historia de arriba y abajo*, cuya composición atribuía a un supuesto F. Bernardo del Castillo y Alferes Pedro Bautista.³ Otra anécdota refiere que nos confirma igual pista: «... en días pasados, se fué Solís a la librería de Santo Domingo con un librito francés en la faldriquera y dixo: —No trueco yo este librito por toda esta librería».

En una extraviada isla este grupo de filósofos dieciochescos dió el increíble salto de remontarse del P. Feijóo a sus maestros. Bebía el cu-

¹ VIERA, *Memorias* cit., pág. XII.

² FEIJÓO, *Causas del atraso que se padece en España en orden a las Ciencias Naturales*, en sus *Cartas eruditas*.

³ Cf. MILLARES, *Bio-bibliografía* cit., págs. 558-562.

rioso monje en el manantial de las publicaciones francesas. Las *Mémoires* conocidas por «Journal de Trévoux», que los jesuitas redactaban en este lugar, próximo a Lyon, vuelven bajo su pluma con frecuencia. A su través se vislumbra desde Asturias la irradiación de la cultura francesa.

Los próceres canarios de la Tertulia del marqués de Villanueva del Prado son más cultos que el resto de los españoles de su época, sin embargo más próximos al foco luminoso de la Francia. Es que la transmisión no se hizo por vía terrestre, sino marítima. Los buques llevaban de las Canarias vinos isleños; traían, de contrabando, las ideas impresas del siglo de la Ilustración.

El abate Viera se nutre en las *Leçons de Physique expérimentale* del abate Nollet, de la Academia Real de las Ciencias, de la Sociedad Real de Londres, del Instituto de Bolonia, Maestro de Física y de Historia Natural de los Infantes de Francia y Profesor Real de Física Experimental en el *Collège de Navarre*. Publicó sus obras en 1743, cuando fué llamado a la corte para dar lecciones de Física al Delfín. Poseemos una edición de 1802, que es ya la 10.^a en medio siglo.

El mismo Voltaire —que por este tiempo había renovado los estudios históricos con dos trabajos fundamentales, por haber sido compuestos sobre documentos de primera mano, la *Histoire de Charles XII* (1731) y el *Siècle de Louis XIV* (1751)— también había escrito las *Cartas filosóficas sobre Inglaterra* (1734), inspiradas por Madame du Châtelet, que le había comunicado el gusto por la física, por la química y sobre todo por la filosofía de Newton, cuyo sistema del mundo expone al detalle con otras muchas ideas británicas, aprendidas en los tres años de su destierro en Londres (1726-1729).

Este afrancesamiento, a distancia, de Viera, que induce al autor de su diatriba a tacharlo de *abate*, es general en el continente europeo. Contagia en primer término a Berlín, donde impera el Rey filósofo Federico II. Se extiende a Rusia con Catalina II y a Suecia con la Reina Cristina. Es chocante, al cabo de dos siglos, ver que a mitad del XVIII se considerasen los modales teutónicos sinónimos de parisienses. El consabido impugnador de la Tertulia dice de sus miembros ¹ «que estos abencerrajes tienen siempre a los eclesiásticos por gente inútil, indigna y perjudicial. Para ellos ninguno sabe decir misa sino el señor abate, que la dice a la prusiana con pasos de rigodón y ademanes de harlequín».

¹ *Historia de arriba y abajo*, en MILLARES, *Bio-bibliografía cit.*, pág. 559.

Dale tal importancia Viera al conocimiento científico aplicado a su tierra, que en un principio denominó sus clásicas *Noticias de la Historia general de las Islas de Canaria* —comenzadas en 1736— bajo el título *Ensayo sobre la Historia natural y civil de las Islas Canarias*, y así se pidió en Madrid la licencia de impresión en 1772.¹

Casi nada se transparenta en ella, sin embargo, de los conocimientos de Filosofía natural acumulados por Viera, antes de su traslado a Madrid a fines de 1770. Debían ser algo superficiales, por culpa del aislamiento que le condenaba a una adquisición meramente libresca.

Destaca únicamente el planteamiento favorable de la cuestión de la Atlántida, iniciada por Platón en sus diálogos *Critias* y *Timeo*.² No eran suficientes los datos científicos de la época para zanjarla. Pero ha de admitirse la erudición de Viera en la elección de sus fuentes. En primer término el inevitable P. Atanasio Kircher, que ya en su *Mundus subterraneus*, de tanto y tan inmerecido crédito, no dudó en delinear la carta de la hipotética isla Atlántida, que comprendía Canarias, Madera y Azores. Es corroborada por los autores de la famosa *Enciclopedia*, cuyos primeros volúmenes se escalonan de 1751 a 1757 y tras un eclipse reaparece de 1765 a 1773. Sobre todo, respira la *Historia y Teórica de la Tierra*, que abre la *Historia Natural* de Buffon publicada en 1740 y que recopila las nociones geológicas de los autores que le precedieron. Su éxito fué enorme. No bastó para arrastrar el sentimiento incondicional de Viera. Buffon supone el hundimiento de la Atlántida, y en este punto le sigue Viera.³ Mas Viera alaba como «un filósofo inglés de los más clásicos» a Woodward, que Buffon maltrata,⁴ acusándole de querer «levantar un monumento inmenso sobre una basa menos sólida que la arena movediza». Merece resaltarse esta independencia de juicio del modesto sabio isleño frente al prestigio científico más pregonado por las trompetas de la fama.

Las nociones geográficas que encabezan el tomo primero de la *Historia* de Viera no ofrecen otra parte original que la aplicación a las Islas Canarias de aquella nomenclatura que llenaba las antiguas Geogra-

¹ Archivo Histórico Nacional, *Solicitudes de impresión*, año 1772, libro I, folio 69, núm. 51, leg. 8. Insértala MILLARES, *Bio-bibliografía* cit., pág. 524.

² Puede consultarse con provecho y brevedad el estado actual de la cuestión en R. VERNEAU, *Las Islas Canarias y la leyenda de la Atlántida*, «El Museo Canario», mayo-agosto de 1934, págs. 1-20.

³ CONDE DE BUFFON, *Historia Natural general y particular*, traducida por don JOSEPH CLAVIJO Y FAXARDO, tomo I, 2.^a ed., Madrid, 1791, pág. 94.

⁴ *Ibidem*, pág. 188.

fías con sus habitantes *heterocios, antípodas, periecos y antecos*. En el umbral de este vigésimo siglo constituyó nuestra instrucción primaria, en una Geografía de Paluzié. Debe de seguirse reimprimiendo.

Aprendizaje

EL traslado de Viera y Clavijo a Madrid en el último mes del año setenta, para imprimir su *Historia*, en nada beneficiaba a su actitud científica. Entró al servicio del marqués de Santa Cruz de Mudela, como ayo de su hijo el marqués del Viso. Gentilhombre aquél del príncipe de Asturias, futuro Carlos IV, trasladábase con la corte y familiares a los Reales Sitios. No era en los palacios donde se cultivaba la Ciencia. Así que las producciones de Viera para instrucción de su discípulo se contraían a la Lógica, Ética, Cronología e Historia (romana, de España y eclesiástica). Todo en diálogos.

No había que pedir a la Universidad ni a otros medios de cultura lo que al medio cortésano le faltaba. Dice Marañón, en su estudio sobre los amigos del P. Feijóo:¹ «Había literatos, teólogos, eruditos, es decir, todo lo que se puede hacer con la inteligencia y unos libros lo hizo entonces, como siempre, y a veces en máxima medida, el español. Pero la medicina, por aquella época, había dejado ya de ser en el mundo lo que era hasta un siglo antes: mera palabrería, exposición de aforismos ridículos y de sistemas disparatados y sectarios, y había empezado a ser una ciencia de observación rigurosa y de experimentación. Ahora bien, esta ciencia experimental necesita para existir y progresar un ambiente propio, un espíritu de colaboración y un mínimo de conocimientos técnicos. La experimentación no puede uno sacársela de la cabeza, como un soneto o una proposición de teología. En España faltaban en absoluto todas y cada una de estas circunstancias propicias».

Mas el pertenecer a la casa de los marqueses de Santa Cruz y del Viso había de proporcionarle a Viera una suerte insospechada. Sus viajes al Extranjero, acompañando al segundo del 24 de junio de 1777 al 6 de octubre de 1778, y al primero del 6 de abril de 1780 al 11 de julio de 1781, son dos episodios capitales que han de decidir de la vida científica de Viera. Va en aquél otro eclesiástico valenciano, don Antonio José Cavanilles, que también había de recoger los frutos de la expedición, inmortalizándose en Botánica.

¹ GREGORIO MARAÑÓN, *Vida e Historia*, 3.^a ed., Madrid, 1943, págs. 78-80.

El 7 de julio de 1777 cruzan la frontera por Irún.¹ En Bayona, con-
signa Viera en su *Diario*: «Hoy nos peinó y rizó a uso de los abates de
Francia, a don Antonio de Cavanilles y a mí, un diestro peluquero».

Ya en París, el 15 de agosto siguiente, Viera anota: «Vestido de
abate riguroso a la francesa, y peinado con *calota* y *rabat*,² oí misa en
los *Cordeliers*, o padres Franciscanos conventuales, cuya iglesia es muy
antigua y triste desde los tiempos de San Luis. Comimos todos en casa
de nuestro embajador, Conde de Aranda, en medio de cuya abundan-
te y delicada comida me hizo servir un vino malvasía dulce de Cana-
rias, muy excelente, que embarcado en Tenerife, llegó a Ruán y subien-
do por el Sena desembarcó en París». En la sobriedad de sus trazos,
esta escena, con sus personajes y atuendo, vale por una estampa die-
ciochesca.

¡París! París sí que fué el puerto de recalada para el alma sedienta
de saber del abate Viera. En éxtasis escribe, a las dos semanas de lle-
gar, a don Antonio Capmany, secretario de la Real Academia de la His-
toria:³ «Protesto que no quiero que huela a elogio la idea que formo
de París, ni que parezca ligereza de un nuevo Abate empolvado la satis-
facción que me ocasionan muchas excelentes circunstancias que voy
notando; mas, sin embargo, amigo, es menester confesar, aunque Es-
pañol sabedor de la historia de Carlos 5.^o, que el género humano tiene
aquí el monumento más incontestable de su perfectibilidad, esto es, de
los progresos de su civilización y de su industria, que otros no duda-
rán llamar corrupción, licencia, refinamiento, lujo y vida sensual. ¡Cuán-
to celebraría yo que fuese usted testigo de esta sensualidad del gusto,
de esta corrupción de las ciencias, de este lujo de todas las artes y de
este refinamiento de la sociedad, para condenarlo después en medio de
Castilla la Vieja, en cuyos lugares, como solemos leer en nuestra aca-
demia, hay siete y medio vecinos, un zapatero de viejo, veinte pobres
de solemnidad, cuatro reses vacunas, etc.»

«Ya he visitado algunas de las academias de Francia y de esta Ca-
pital. El día de San Luis asistí a la distribución de premios de la céle-
bre academia Francesa, cuyo concurso de ambos sexos fué muy nu-
meroso y lucido, y daba gusto de ver resonar los aplausos y palmoteos

¹ JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO, *Apuntes del diario e itinerario de mi viaje a Francia y Flandes*, Santa Cruz de Tenerife, 1849, pág. 10.

² *Ibidem*, págs. 38-39.

³ JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO, *Cartas familiares*, Santa Cruz de Tenerife, Imp., Lit. y Li-
brería Isleña, págs. 3 y 4.

al oír leer aquellos pasajes más elegantes y sublimes. ¡Cómo entendían, aun las mujeres, en dónde estaba toda la fuerza del pensamiento, y se adelantaban a victorearlo!»

Aun las mujeres... Sobre todo las mujeres, debió decir. En esta ebullición de los espíritus que es la segunda mitad del XVIII francés, las mujeres ocupan lugar destacado. La brillante pluma de un historiador moderno nos pinta este animado cuadro:¹

«... hasta las mujeres se derriten por las ciencias. En 1782 un personaje de Mme. de Genlis escribe: *Hace cinco años las dejé ocupadas solamente de su adorno, del arreglo de sus cenas; las vuelvo a encontrar ahora completamente sabias e ingeniosas.* En el gabinete de una dama a la moda se halla un altarcito dedicado a la Beneficencia o a la Amistad, un diccionario de historia natural, tratados de física y química. Una mujer no se hace ya pintar como diosa sobre una nube, sino en un laboratorio, sentada entre cartabones y telescopios. La marquesa de Nesle, la condesa de Brancas, la condesa de Pons, la marquesa de Polignac, están en casa de Rouelle cuando trata de fundir y de volatilizar el diamante. Se forman en los salones sociedades de veinte y veinticinco personas, para seguir un curso de física o de química aplicada, de mineralogía o de botánica. En la sesión pública de la Academia de Inscripciones, las mujeres de la alta sociedad aplauden disertaciones sobre el buey Apis, sobre la relación de las lenguas egipcia, fenicia y griega. Finalmente, en 1786, se hacen abrir las puertas del Colegio de Francia. Ante nada retroceden. Varias manejan la lanceta e incluso el escalpelo; la marquesa de Voyer ve disecar, y la joven condesa de Coigny disecciona con sus propias manos».

Todas las seducciones de París no podrán hacerle olvidar al abate Viera las cuatro hojas de la física de Nollet, que ya tenía aprendidas en La Laguna, doce años antes, según el papel que contra él había lanzado su denigrador. Tanto menos cuanto que este otro abate Nollet, en este mismo año de 1777, alcanza en París el ápice de su gloria, al fin de una carrera consagrada a propagar, entre las personas de calidad, el gusto por la ciencia positiva. La experimentación es la base de su enseñanza. En 1738, asistió a su curso de Física Monseñor el Duque de Penthièvre y, poco después, dió otro, en Versalles, para Monseñor el Duque de Chartres. En 1739 fué llamado a la Corte de Turín para dar lecciones de Física a Monseñor el Duque de Saboya. Desde entonces, varios Colegios de los Jesuítas (antes de su cierre por decreto de algunos Par-

¹ H. TAINE, *Les origines de la France contemporaine. L'Ancien Régime.* Livre quatrième. La Propagation de la doctrine. Chapitre II.

lamentos en 1762), de los padres del Oratorio, de la Doctrina Cristiana y de San Lázaro acostumbran a verificar experiencias en los ejercicios públicos.¹ Desde 1753 el abate Nollet inaugura en el Colegio de Navarra (donde hoy se halla el edificio de la Escuela Politécnica) la enseñanza de la Física experimental. Obtuvo tal éxito, que obligó a construir un anfiteatro especial para su curso.²

Al lado del curso de Nollet se dan otros particulares, que alcanzan gran boga. Viera y Clavijo sigue para la Física el de Sigaud de la Fond, discípulo y sucesor de Nollet. Se da por la noche en su casa de la calle de Saint Jacques, en un gabinete de máquinas muy lucido. Más concurrido es el curso de Historia Natural por Valmont de Bomare. Cuando no se titulaba sino boticario, lo inauguró el 16 de julio de 1757, en la calle de la Verrerie. En 1764 la clase es alterna. En 1769 tuvo que duplicarla: Un grupo de oyentes asiste los lunes, miércoles y viernes. Otro, los martes, jueves y sábados.³ Viera fué de los últimos. Con estas clases y las gratuitas de los domingos, Valmont se hizo célebre. A su título de Maestro en Farmacia agregó los más gloriosos de Director de los gabinetes de Historia Natural, de Física, etc. de su Alteza Serenísima Monseñor el Príncipe de Condé, príncipe de la sangre; el de maestro de Historia Natural del Duque de Borbón y el de asociado de las Academias de Bruselas, Rouen, Montpellier, Caen, La Rochelle, etc.

Con corta diferencia de meses, Sigaud de la Fond y Valmont de Bomare tienen los mismos 46 años de Viera, a fines de 1777. Otro de los conferenciantes, M. Sage, mucho más joven, pues no cuenta sino 28 años, ya es célebre profesor de Química de la Academia de las Ciencias. Da un curso de Química y Mineralogía por la mañana, en su casa de la calle del Sepulcro en el arrabal de Saint Germain. Asistió Viera «con todos los señores de casa, siendo el concurso tan numeroso, que ocupaba tres piezas, y tan lucido, que se contaban algunas damas principales, obispos, señores de las órdenes reales, abates, militares, religiosos, etc.»⁴

Del 17 de noviembre de 1777 a 11 de abril de 1778 al abate canario no descansa. Comienza por un breve curso (6 lecciones) de Sigaud

¹ ABBÉ DE NOLLET, *Leçons de Physique expérimentale*, tome premier, dixième éd., Paris, an 10 (1802), Preface, págs. XII-XIII, notes.

² G. HANOTEAUX, *Histoire de la Nation française*, tomes XIV et XV, Paris, 1924.

³ D. MORNET, *Les Sciences de la Nature en France au XVIII^e siècle. Un chapitre de l'Histoire des Idées*, pág. 186.

⁴ VIERA, *Diario cit.*, págs. 86-87.

de la Fond sobre los gases o aires fijos, «cuyo asunto era a la sazón muy de moda y digno de interesar la curiosidad de los amantes de las ciencias».¹ En diciembre del mismo año y enero y febrero del siguiente simultanea las tres enseñanzas de Sigaud, Sage y Valmont. Éste, sin faltar, los martes, jueves y sábados; aquéllos, con algunos claros, los lunes, miércoles y viernes; por la mañana, con Sage, por la noche, con Sigaud. Éste acaba el 25 de febrero de 1778 con la entrega de tres luisas; Sage, el 13 de marzo, y Valmont, el 11 de abril, con otros tres luisas. Viera no faltó sino a cuatro lecciones, por haber padecido un fuerte resfriado del 1 al 9 de abril. Tuvo clases hasta en Nochebuena con Sigaud, y en Navidad con Bomare.

Fáltanos definir el objeto de estas asignaturas. El contenido de los tres cursos en parte se superpone. Los aires fijos, que totalmente ocupan el primer cursillo de 6 conferencias de Sigaud de la Fond, reaparecen en otras 5 de las 24 de su curso de Física experimental y los 7 primeros días de los 22 que componían el curso de Química y Minerología de M. Sage. Los 15 restantes se dedican a minerales y rocas, que se reproducen en las 28 primeras lecciones de las 53 de Historia Natural de Valmont de Bomare. No tienen duplicado, únicamente, las 10 que éste consagra al reino vegetal y las 8 del animal. Cierra el curso con media docena de conferencias de recopilación y una de salida al campo para *litolizar*. A ésta fueron tres señoras.

El Sr. Valmont es inagotable. Su curso dura doble que los otros. Viera siente el cansancio. En marzo 28 confiesa que ya es tiempo de que M. de Bomare vaya dando fin a su curso. Para inaugurarlo, disertación lírica magistral, de rigor en estos casos. Sea Valmont de Bomare, sea su rival Adanson quien abra sus respectivos cursos, por sus palabras corre el aliento de un Virgilio. Como éste invocan a Liber y a Ceres, los Faunos y las Dríadas. Para *litolizar* en las canteras de Montmartre, nuevo discurso. Sobre una peña, como predicador y en ademán de misionero, poseído de entusiasmo y de elocuencia natural, teniendo una vara larga en la mano, iba señalando el orden de los materiales y la calidad de ellos. A la semana de empezar el curso refiérese a las aguas. Sus géneros y especies son interminables: aguas del aire, que son las que caen del cielo, o lluvias; las del cielo congeladas y el granizo; aguas terrestres, que son las terrestres vivas o de roca, las de fuente o manantial, las de pozo, las de río, las estancadas, las de lago, las de hielo; aguas minerales o compuestas, que

¹ VIERA, *Diario cit.*, pág. 82.

son las minerales frías, las minerales groseras o terrosas, las espirituosas, volátiles, alcalinas, urinosas o amoniacaes, las vitriólicas, las cargadas de sal común, las alcalinas naturales, las que contienen sal neutra, las jabonosas o esmécticas y las bituminosas; aguas minerales calientes, que son las termales simples y puras, las termales espirituosas, las termales vitriólico-marciales y las calientes sulfurosas.¹ Fruto de su saber enciclopédico es su *Diccionario de Historia Natural*, cuya primera edición apareció en 1764. Repitióse una segunda en 1768. Siguióle una tercera —la que poseyó Viera— en 1775, aumentada un tercio de la anterior, que elevó a 9 el número de sus volúmenes.² Más adelante hemos visto ediciones en que los tomos llegan a 15. Verdaderamente, diríamos de las obras de Valmont de Bomare lo que el P. Feijóo escribió de las mentiras: *que tienen la propiedad que se atribuye a las serpientes de ir creciendo siempre sin término*.

La teórica de la Química balbuceante se apoyaba principalmente en el *flogisto*, último avatar de uno de los cuatro elementos de la física de Aristóteles, Padre de la Filosofía antigua. Para explicar los cambios de peso y estado que sufren los cuerpos con la calcinación, Stahl (1660-1734), a ejemplo de su maestro Becher (1635-1682), formula su teoría del *flogisto*, que entra en las sustancias compuestas o *mixtas* como *materia del fuego*, que pasa de unas a otras sin destruirse ni existir aislado.

Sigaud de la Fond resume el estado de la cuestión en los tiempos en que dió clase a Viera, cuando escribe a los comienzos de su *Física teórica y experimental*: «Poco tiempo después nos manifestó la experiencia que el *aire* debía también colocarse en esta clase, que entra como principio constitutivo en la composición de todos los mixtos, y estaba reservado a Boyle y a Hales, el convencernos de esta verdad, y devolvernos enteramente a la opinión de Aristóteles. No fué, pues, sino a fines del siglo próximo pasado (el XVII), quando los Químicos reconocieron cuatro principios primitivos en la composición de los mixtos, la *tierra*, el *agua*, el *aire* y el *fuego*». Sin embargo, observa precavido, no parece

¹ VALMONT DE BOMARE, *Minéralogie ou Nouvelle exposition du Regne minéral*, Paris, 1762, 2 vols., págs. 4-12 del tomo 1.º.

² VALMONT DE BOMARE, *Dictionnaire raisonné universel d'Histoire Naturelle, contenant l'Histoire des Animaux, des Végétaux et des Minéraux, et celle des Corps célestes, des Météores, & des autres principaux Phénomènes de la Nature; avec l'Histoire et la Description des Drogues simples tirées des trois Regnes, et le détail de leurs usages dans la Médecine, dans l'Économie domestique & champêtre, & dans les Arts & Métiers: Plus une Table concordante des Noms Latins, & le renvoi aux objets mentionés dans cet Ouvrage*. Nouvelle Édition, revue & considérablement augmentée par l'Auteur, Paris, 1775, 9 tomos.

que el agua sea un principio tan universal como los otros tres. Todavía no se ha demostrado que entre en la composición de los metales ni en la de las *tierras vitrificables*, que es el principio de la fijeza y solidez de todos los mixtos. El químico Sage supone al fuego compuesto de ácido fosfórico y flogisto.¹

La enseñanza universitaria no tuvo parte alguna en la formación científica de Viera y Clavijo ni de sus coetáneos. Años más tarde, en 31 de diciembre de 1791, Viera, que se ha transformado de abate en Arcipreste de Fuerteventura, escribe desde Canaria a su gran amigo don Lope de la Guerra, residente en La Laguna: «Vuelvo a decir a Vm. que el tiempo de las Universidades ya pasó, como el de la caballería andante, o el de la caza de cetrería. Es rara la que en Europa no se mira casi desierta, despreciable o ridícula. Crea Vm. al que ha visto las decantadas de París, Bolonia y Padua».

En el segundo viaje al Extranjero, acompañando al señor marqués de Santa Cruz, Viera no recibe otra enseñanza que la del doctor Ingenhousz, que el día 3 de abril de 1781, hallándose nuestros viajeros en Viena, verifica ante ellos y otros españoles algunos experimentos eléctricos y de manejo de gases.²

Lo más útil, para su instrucción, de esta última expedición, será el haber obtenido del Papa, por mediación del famoso y docto P. Mamachi, Ministro del Sacro Palacio, licencia absoluta para leer libros prohibidos en los dominios de España y Portugal, sin excepción ninguna de obras ni de materias. Era más bien una legalización.³ De ella usó ampliamente. Su colección de libros puede reconstituirse por los legados de su testamento, citas marginales y alusiones epistolares. Puede aplicársele la misma frase que él anota en su *Diario* el 18 de julio de 1778,⁴ al examinar la casa de campo del Duque de Chaulins [¿será Chaulnes?] en el Boulevard nuevo: «*La biblioteca no era crecida, pero no carecía de ningún libro que hubiese sido prohibido o quemado*». Sería ilícito inferir de aquí ningún desmayo en su fe. Es precisamente el siglo XVIII quien, tras la disputa de la Sorbona con Buffon, establece la debida separación del criterio religioso y el científico.

¹ VIERA, *Viaje a Francia y Flandes*, pág. 88.

² JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO, *Extracto de los apuntes del Diario de mi Viaje desde Madrid a Italia y Alemania*, Santa Cruz de Tenerife, 1849, pág. 38.

³ VIERA, *Memorias*, pág. XXXI.

⁴ VIERA, *Viaje a Francia y Flandes*, pág. 127.

Difusión

EL día 13 de marzo de 1778 termina su curso de Química y docismática M. Sage con el análisis de las aguas por medio de los reactivos. No más lejos que el 15 por la tarde y noche, Viera se entretiene con Cavanilles en ensayar los experimentos de los aires fijos. Antes habían acopiado sus máquinas y aparatos.

Alarmado por la enfermedad de su hijo, el marqués de Santa Cruz hace viaje a París, donde llega el 1 de julio de dicho año. Una semana después, el día 7, ya está Viera repitiendo en su casa la experiencia de los aires fijos para diversión del prócer.

Esta labor divulgadora no cesará en el resto de su larga vida. Trájose de París los vasos y máquinas que adquirió por mediación de su profesor Sigaud de la Fond y por encargo del marqués de Santa Cruz. Apenas instalados en el gabinete de su palacio de Madrid, fué Viera «el primero que en esta Corte demostró los fenómenos principales de los gases, para lo cual se tenían varias sesiones, a que concurrían muchas personas condecoradas, damas de la grandeza, algunos médicos y boticarios, profesores de física y otros sujetos amantes de las ciencias, con general satisfacción».¹

Tuvo un alumno sobresaliente, que llegó a dirigir un Laboratorio químico dependiente del Ministerio de Estado, con 10 000 reales de sueldo al año. Viera le menciona y hasta retrata al vivo, cuando escribe desde Canaria al marqués de Villanueva del Prado (28 de noviembre de 1787): «Ya V. sabrá que en Madrid va pegando el gusto de la botánica, y que se dan cursos de química de orden del gobierno. Uno de ellos parece se ha puesto a cargo de mi amigo don Pedro Gutiérrez Bueno, boticario de la calle de Alcalá, mi primer discípulo de aires fijos y gases, sugeto muy aplicado que está siempre pestañeando. En mi casa nueva me ha quedado un hermoso cuarto, donde voy acopiando algunas muestras y retazos de la historia natural del país con tiestos y cacharros propios para ciertas manipulaciones químicas. Ojalá que el mar y los destinos no nos tuviesen separados, pues quizá nos divertiríamos un poco hablando de Morveau, Lavoisier y Fourcroy, y paseándonos por la Rue Saint-Honoré».²

¹ VIERA, *Memorias*, pág. XXVII.

² JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO, *Cartas familiares*, Santa Cruz de Tenerife, pág. 53.

El más contagiado fué quizás el amo de la casa. Su manía, a fuer de hombre adinerado, es la que nuestro Cajal¹ —que retrata los sabios a imitación de *Los caracteres* de La Bruyère— clasificará, pasado un siglo, como propia de los *organófilos*. No le basta con los aparatos que tiene. Siempre busca más y más.

Al regresar de su boda vienesa, en compañía del Abate Viera, éste anota al paso por París, el 23 de Mayo 1781: «Estuvimos en la plazuela del *Palais-Royal*, en casa del relojero *Meyer*, a quien se compraron no sólo dos relojes de sobremesa muy preciosos, sino también un eudiómetro y una cajita de electróforos. De allí pasamos al almacén de Mr. *Sikes*, surtido de los instrumentos más curiosos de física, de óptica, matemáticas, etc., trabajados en Inglaterra».²

Llegan de nuevo a Madrid, el 11 de julio, el madrileño marqués de Santa Cruz don José Joaquín de Silva, la nueva marquesa alemana, el canario Viera y el hermano del marqués, sacerdote don Pedro de Silva, que empezó de militar y acabó de Patriarca de las Indias. Ocho días más tarde, escríbele Viera al Excmo. Sr. conde de Aguilar, embajador de su Majestad Católica en la corte de Viena, dándole cuenta de su feliz arribo, del desaforado calor de julio y de «*la figura no menos desaforada de clérigos bopalandos y de cabellos mugrientos que hacemos aquí don Pedro de Silva y yo, después de habernos visto fuera de España a nivel de los Abates más solemnes*».³

Hacia agosto hállase en la quinta que posee en Hortaleza, para veranear, el marqués de Santa Cruz y desde la cual le escribe a fin de mes a don Isidoro Bosarte, Secretario del conde de Aguilar: «Por las noches bailan estos paisanos seguidillas, y por el día me ocupo en herborizar o en extraer los aires de las plantas, según la doctrina y el método de nuestro amigo el célebre Ingen-housz».

Parece que el marqués, noveno de su título, que se acerca a la cincuentena (nació en 1734), recién casado con una linda vienesa de 18 años, debiera relegar al olvido la química al cerciorarse de *todas las prendas personales de esta señora, esto es, su amable índole, su prudencia, su fortaleza, su alegría, sus gracias, su viveza y garabato para ganarse las voluntades de cuantos la tratan o la ven*,⁴ según el panegírico de nuestro entusiasmado abate, que ya en París dedicó un madrigal al cumpleaños de esta *ninfa bella y rara* del Danubio, en un soneto pulidamente impreso en la

¹ S. RAMÓN Y CAJAL, *Reglas y consejos de investigación biológica*.

² VIERA, *Viaje a Alemania*, pág. 75.

³ VIERA, *Cartas familiares*, pág. 22.

⁴ VIERA, *Cartas familiares*, pág. 21.

afamada imprenta de Didot,¹ a quien por cierto se olvidó de pagar, en el arrebato de la inspiración, y tuvo que encomendarle el saldo de la deuda a su amigo residente en París, don Eugenio Izquierdo, director del Real Gabinete de Historia Natural de Madrid, como remate de su carta del 14 de septiembre de 1781.²

En la misma epístola rinde cuenta de sus ocupaciones: «Estoy en nuestro gran convento de España desde mediado Julio. Pasé los calores del estío en la casa de campo de Hortaleza en compañía de estos señores y he vuelto a Madrid, donde pasaré los fríos del Invierno. Entre tanto me voy divirtiendo en este Museo que el señor marqués ha enriquecido de bellas máquinas de física, y de algunos instrumentos de química, ejecutando los más curiosos experimentos, concernientes a los aires fijos, o gases, a presencia de un concurso lucido en que no faltan damas de la primera gerarquía a manera de París».

Vese que el entusiasmo por las ciencias no ha sufrido el contragolpe de la admiración por la marquesa, tan extendida, que Viera escribe confidencialmente al señor conde de Aguilar: «Por lo demás bien puede considerar V. E. la sensación que habrá hecho esta señora Alemana en un pueblo tan novelero como Madrid, especialmente en el sexo de los cascos alegres».³

La afición por las disciplinas experimentales ya no abandonaría al gran señor ni al culto eclesiástico. Éste ha sido nombrado, a petición propia, Arcediano de Fuerteventura, dignidad de la catedral de Canaria, según publica la «Gaceta» del 5 de marzo de 1783. Se lo comunica él mismo a su paisano don Domingo Iriarte, secretario de la embajada de España en Viena. Explica sus propósitos, después de dar la noticia: «Puede usted participarle al príncipe Pahar, que iré a tomar la posesión dentro de uno o dos años y que desde allí le regalaré un guancho hecho momia. Con este acomodo en nuestra tierra, me prometo una vegez tranquila y obscura, al modo que se dice lo pasan las almas de los buenos cuando, separadas de sus cuerpos y del mundo, moran en unas islas afortunadas o campos elíseos, donde después de beber en el Leteo el olvido de cuanto vieron, oyeron o supieron, se hartan de plátanos y membrillada, no respirando sino el aire de ignorancia y de la más canónica indolencia».⁴

¹ VIERA; *Viaje a Alemania*, pág. 77.

² VIERA, *Cartas familiares*, págs. 26 y 27.

³ VIERA, *Cartas familiares*, pág. 22.

⁴ VIERA, *Cartas familiares*, pág. 32. Lleva por error la fecha de 1783, en lugar de 5 de marzo de 1782.

Tres días más tarde sale parecida misiva para Bosarte, igualmente en Viena. También le comunica su promoción a un arcedianato de la catedral de su tierra, «a donde me retiraré dentro de uno o dos años para ser un ente venerable y estúpido, poco menos que aquellos venados del *Prater* de esa muy buena villa de Viena, cuya felicidad envidiaba usted, y por cuya suerte deseaba cambiar algunas veces la propia».¹ Se acerca el fin de la brillante vida cortesana de Viera y Clavijo, que dura ya 12 años. Se va cuando se remoja, limpia y acicala aquel madrileño paseo del Prado, que sirvió de modelo al *Prater* vienés. Viera observa estas novedades y pone al corriente de ellas al expatriado Bosarte, cuando le escribe «que se ha compuesto en la Puerta del Sol la fuente de Mariblanca; que se ha adornado el Prado con otra muy pesada del carro de Cibeles; que han puesto en otra no menos monstruosa un Apolo de Belvedere: que se están fabricando dos fuentes más, para que hayan cuatro».

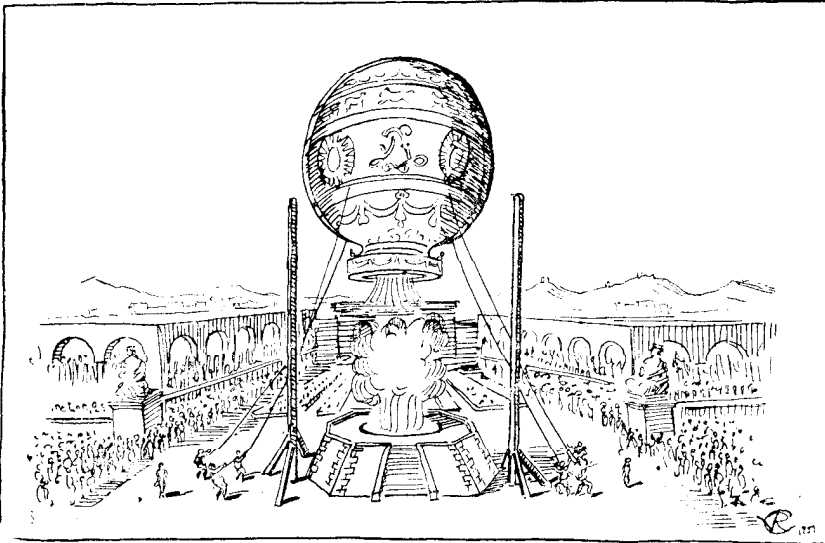
Verificóse el viaje de retorno a Canarias en los últimos meses de 1784, después de 14 años de servicio en la noble y hospitalaria casa del marqués de Santa Cruz de Mudela. Cartéanse todos los correos y su afición por las ciencias físicas no ha decaído, cuando en marzo de 1787 escribe Viera desde Canaria al marqués: «No dudo que será muy curiosa la disertación que V. E. esperaba recibir por instantes de nuestro amigo el célebre doctor Ingen-housz, y que de su contenido se servirá V. E. darme alguna noticia, como de la continuación de sus bien empleados ratos nocturnos en el curso de química cuyas operaciones demoradas [¿demostradas?] por Gutiérrez Bueno, no habrán dejado de ser divertidas para quien como V. E. ama esta parte interesante de la física... Hace pocos días que en el puerto principal de esta Isla encalló una embarcación Francesa que iba a la India, y entre los pasajeros venían dos cirujanos muy hábiles que traían una excelente máquina eléctrica con una batería muy guapa, y la mayor parte de los instrumentos que son más oportunos para ejecutar los curiosos experimentos. Armáronla y dieron a mis paisanos esta diversión, habiendo sido yo el intérprete para la esplicación de los fenómenos».²

Todavía por la carta de 18 de octubre del siguiente año 1788,³ vemos que el marqués, siempre tocado de su organofilia, aumenta las máquinas de su museo y asiste a las conferencias de química de Gutiérrez

¹ VIERA, *Cartas familiares*, págs. 33 y 34.

² *Ibidem*, págs. 45 y 46.

³ *Ibidem*, pág. 56.



Experiencia de aerostación dirigida por los hermanos Montgolfier (1783)



Laboratorio de Lavoisier, según un dibujo contemporáneo



Fausto de Elhuyart

Bueno. Bien dice Viera que le «*parece que desde que el famoso marqués de Villena se picó para meterse en la redoma, no ha habido en Madrid otro marqués de su gerarquía que se mostrara aficionado e inteligente en las brugerías de la Espagírica*».

De tanto experimento con aires fijos, volátiles y vegetales no quedaría otro recuerdo que las transcritas notas del *Diario* y correspondencia, si no fuera porque Viera, aquejado asimismo de la Poética docente —que tantos estragos hizo en su época y posteriores— no se hubiese determinado, apenas reinstalado en Madrid, a su regreso del primer viaje al Extranjero, a componer un poema didáctico en octava rima y cuatro cantos titulado *Los Ayres fijos*.¹ El ejemplo ha perdurado; y si el abate canario pretendió en el siglo XVIII enseñar la química en verso, otros lo han hecho, con no menos desgarbo, en aquella y la siguiente centuria, para el latín, la historia y hasta la Biblia.

Los cuatro cantos heroicos se refieren: 1.º Al aire fijo de la tierra calcárea y fermentación vinosa, más tarde denominado anhídrido carbónico. 2.º Al aire inflamable, luego llamado hidrógeno. 3.º Al gas nitroso, ahora conocido como bióxido de nitrógeno. Y 4.º Al aire deflogisticado o aire vital, que desde Lavoisier se conoce por oxígeno.² El último es el rey de los aires. Cántale Viera de este modo:

*Hijo así de la Aurora y de Mercurio
Este Ayre debe su inmortal nobleza
A no tener ningún principio espurio,
Ningún flogisto, o causa de impureza:
Flogisto llama el Gran Abate Etrurio³
Un fuego que fixó naturaleza,
Y que en los cuerpos ocasiona adusto
Color, olor, inflamación y gusto.*

Los biógrafos que silencian esta ofensa a las Musas condenan a Viera por su adhesión a las que llaman *disparatadas hipótesis* de la teoría del flogisto.² Pongamos las cosas en su punto. La teoría del flogisto,

¹ *Los Ayres fijos. Poema didáctico en quatro cantos. Su autor don DIEGO DÍAZ MONASTERIO, vecino de esta corte. Madrid MDCCLXXX. En la imprenta de Blas Román. Con las licencias necesarias* [LVI págs.].

² P. TANNERY, *Les Sciences en Europe. De 1715 à 1788*. Cap. XV del tomo VII (*L^e XVIII siècle*) de la *Histoire générale* dirigida por LAVISSE et RAMBAUD, París, 1896, págs. 726-762.

³ Al margen: *El señor Abate Fontana*.

⁴ JUAN DEL RÍO AYALA, *Viera y Clavijo químico y naturalista*, «El Museo Canario», II, enero-abril de 1934, págs. 15-41.

absurda en el siglo XX, en el XVIII no lo era. Éstos y otros entes imponderables, que desde la Escuela aristotélica se colaron en la Química, por mano de Stahl, no podían ser expulsados sino despojándolos de su velo de imponderabilidad. La introducción de la balanza en las experiencias químicas fué su sentencia de muerte. Acorralado por varios investigadores, Lavoisier acabó por arrinconarlo como inútil.¹ En nuestro siglo, también ha recibido la licencia absoluta, de manos del físico Einstein, el no menos contradictorio e imponderable éter.

No es cosa de detallar, en términos técnicos, las múltiples operaciones químicas y la larga lucha contra sus colegas que fueron precisas para el triunfo de Lavoisier. Sólo interesa a nuestro objeto jalonar algunas etapas, que ellas justificarán a Viera, quitándole el sambenito de retrasado, respecto a sus coetáneos, en la teoría del flogisto. Como en todo, marchaba al par de ellos.

No es fácil fijar fechas, ateniéndose a las publicaciones científicas, como hasta ahora ha venido creyéndose. Acaba de descubrirse que Lavoisier, siempre celoso de reivindicar para sí la prioridad de descubrimientos que en verdad pertenecían a otros, hacía trampa en cuanto a las fechas. El reputado historiador de la Ciencia Aldo Mieli se expresa así:²

«Debemos aquí subrayar de nuevo las dificultades que se encuentran en situar cronológicamente los aportes hechos por Lavoisier. Los autores que escribieron las apologías de Lavoisier se basaron sobre las «Mémoires de l'Académie Royale des Sciences», tomando como fecha del desarrollo de los acontecimientos la que era designada como las de dichas «Mémoires». Pero Lavoisier agregaba en las publicaciones, especialmente desde el punto de vista teórico, lo que había alcanzado en los tres o cuatro años que intercedían entre la comunicación oral a la Academia (la que determinaba la indicación de la fecha del volumen) y la última revisión de las pruebas. Para poder juzgar con exactitud, en lugar de los escritos impresos en dichas «Mémoires» hay que referirse en cambio a los artículos publicados, sin retraso alguno, en el pe-

¹ También en verso, Voltaire relata, no sin malicia, una operación comparable, de que es héroe Spinoza:

Caché sous le manteau de Descartes, son maître,
Marchant à pas comptés s'approcha du grand Être.
—Pardonnez-moi, dit-il, en lui parlant tout bas,
Mais je crois, entre nous, que vous n'existez pas.

² ALDO MIELI, *Lavoisier y la formación de la teoría química moderna*, Buenos Aires, 1944, págs. 65-66.

riódico de Rozier o a otros elementos, como, cuando existen todavía, a las anotaciones diarias que Lavoisier hacía en su libreta de apuntes. La historia de estos memorables años 1774-1779 se vuelve completamente diferente a la tradicional».

Los estudios de Viera en París abarcan los últimos meses de 1777 y primeros del 78. Durante ellos, la teoría del flogisto era universalmente admitida, aunque Lavoisier afilaba ya sus primeras armas contra ella. El 4 de enero de 1778 el acreditado químico Macquer (1718-1784) escribía a Guyton de Morveau: «El Sr. Lavoisier me asustaba hace tiempo por un descubrimiento que reservaba *in petto* y que aspiraba nada menos que a trastornar de arriba a abajo toda la teoría del flogisto o fuego combinado».¹

Macquer contaba, al escribir esto, 60 años. Pero ya Lavoisier decía en 1783, con referencia a su *Memoria sobre la combustión en general*, publicada en 1777: «No espero que mis ideas sean adoptadas de golpe; el espíritu humano se pliega a una manera de ver y a los que han considerado la naturaleza bajo cierto punto de vista durante una parte de su carrera, les cuesta trabajo pasarse a ideas nuevas. Mientras tanto, observo con gran satisfacción que los jóvenes que empiezan a estudiar la ciencia sin prejuicio, que los geómetras y los físicos que tienen la cabeza nueva sobre las verdades químicas, no creen ya en el flogisto en el sentido que Stahl lo ha presentado, y consideran toda esta doctrina como un andamiaje más embarazador que útil para continuar el edificio de la ciencia química».²

Más de frente combate Lavoisier la teoría flogística en sus *Reflexiones sobre el flogisto*, de 1783: «Si todo se explica en química de una manera satisfactoria sin recurrir al flogisto, sólo por ello es infinitamente probable que este principio no exista; que sea un ser hipotético, una suposición gratuita; y, en efecto, responde a los principios de una buena lógica no multiplicar los entes sin necesidad».³

Estas fuertes palabras el abate Viera no podía oírlas. Para entonces habíase transformado en arcediano de Fuerteventura; y, como él mismo declara, no aspiraba sino a nutrir sus pulmones con el aire de ignorancia y de la más canónica indolencia.

Lo que hace Viera en 1783 es publicar una adición, que forma el sexto canto de los aires fijos, intitulado *La Máquina Aëroestática*, y en las

¹ Citado por MIELI, *Lavoisier*, pág. 71.

² MIELI, *Lavoisier*, pág. 81.

³ *Ibidem*, pág. 78.

frecuentes conferencias que tuvo con su amigo don Bernardo Gálvez, conde de Gálvez, que murió después virrey de Méjico, sobre esta misma máquina, le enseñó el modo de extraer del carbón de piedra el aire inflamable,¹ para hinchar el globo con hidrógeno, pues el primer aerostato lanzado por los hermanos Montgolfier el 5 de junio del mismo año se llenó con aire caliente. El propio Viera y Clavijo, y a la vista de numeroso público, hizo volar en Madrid «el primer globo pequeño aerostático»² desde los jardines del palacio del marqués de Santa Cruz, sito como en la actualidad en la esquina de las calles de San Bernardino y del Limón. A ésta daban las caballerizas. Esta prioridad que Viera recaba al redactar sus *Memorias*, será prudente restringirla a los *globos pequeños*, porque los grandes parece deducirse de las notas del poema que ya se habían soltado de los reales sitios de veraneo y de la puerta (hoy plaza) de Santa Bárbara en Madrid. Tememos que el ejemplo de Lavoisier, sobre precedencias científicas, resulte contagioso, cuando hay un intervalo de años entre los hechos y su crónica por el autor de los mismos.

Entre el 4.º y 6.º cantos de *Los aires fixos*, habíase intercalado en 1781 un 5.º sobre los *gases vegetales*, debidos al célebre físico holandés Ingenhousz, residente en Viena, que demostró experimentalmente el efecto contrario de la luz y tinieblas sobre las partes verdes de las plantas, que despiden en el primer caso oxígeno y en el segundo ácido carbónico.

Pero toda esta química pneumática y poética no apareció bajo el nombre de don José de Viera y Clavijo. La apadrinaba, en el papel impreso, un ayuda de cámara de la casa del marqués de Santa Cruz llamado Diego Díaz Monasterio, que auxiliaba a Viera en sus manipulaciones. Para completar la broma, grabó su retrato y púsolo al frente de la edición el afamado artista don Isidoro Carnicer, director de la Academia de San Fernando, que poco después dibujó asimismo el del nuevo canónigo Viera, exactamente grabado por otro académico: don Joaquín Fabregot.³

Si comparamos ambas efigies, perfectamente simultáneas, parece Díaz Monasterio más joven que Viera, de facciones más abultadas, nariz menos fina, labios más carnosos, ojos más redondos. Hacemos el paralelo, porque somos muchos los que hemos pensado que el retra-

¹ VIERA, *Memorias*, pág. L.

² *Ibidem*, pág. XXVIII.

³ *Ibidem*, págs. XXVIII y LIV.

tado en *Los Aires fijos* sería el propio Viera, tal como quedara al cruzar por segunda vez los Pirineos,¹ en 21 de abril de 1780, con su cabeza eclesiástica a la francesa, rizado, empomado y empolvado el pelo; pero le falta la *calota* y el *rabat* para ser un *monsieur l'Abbé* hecho y derecho. Finalmente, creo que Carnicer, acordándose de Velázquez, quiso reproducir por separado a Viera y a Monasterio, como aquél a Felipe IV y sus bufones. Un elegante retrato literario de nuestro biografiado que figura como apéndice póstumo a sus *Memorias* nos afianza en no reconocer ambas imágenes contemporáneas como de la misma persona. Dice de Viera quien lo conoció y a poco de morir: «Su estatura era más bien alta que mediana, delgado, los ojos grandes de color pardo hermoso, lo que demuestra que sus cabellos debieron ser de igual tinte en su juventud, la ceja bonitamente arqueada, frente grande y despejada, nariz casi recta y bien proporcionada; la boca, aunque agraciada, era algún tanto larga, barba pequeña, el color del rostro blanco, pero pálido y descarnado en su vejez».² Aunque subsista la duda, concuerda, a nuestro parecer, con un dibujo y no con otro.

Alejado Viera de París, ¿cómo podía seguir las incidencias de la batalla de Lavoisier contra el flogisto? Lo más probable es que ni estuviera al tanto de ella. Bien que se lamente desde Canaria, a 28 de noviembre de 1787, de no poder pasearse con el marqués de Villanueva del Prado —para estas calendas en París, donde, sin duda a instigación de Viera, sigue con sus mismos maestros los tres cursos de física, química e historia natural—³ por la calle de Saint-Honoré y hablar de Morveau, Lavoisier y Fourcroy.⁴ Si el deseo se cumpliera, no hallaría al primero y al último, aunque amigos y émulos de Lavoisier, más *desflogisticados* que antes. Demostración al canto.

En 1781 el editor Panckouke emprendía una refundición de la primitiva *Enciclopedia* de Diderot. Cambia su entrada alfabética de *Diccionario* (éste era su verdadero título) en una nueva distribución por materias. Fué la *Encyclopédie méthodique*, que no se terminaría sino en 1832 y comprende 166 volúmenes. Viera poseía la primera de dichas obras. En una cláusula adicional de su testamento (30 de septiembre de 1811) lega al cabildo, para aumento de su incipiente biblioteca, «una Enciclopedia o gran Diccionario de Ciencias, Artes y Oficios en idioma fran-

¹ VIERA, *Viaje a Italia* pág. 11.

² VIERA, *Memorias*, pág. LXVIII.

³ VIERA, *Cartas familiares*, pág. 44.

⁴ *Ibidem*, pág. 53.

cés, el cual se compone de 39 volúmenes abultados, en 4.^o pequeño...: que ha usado, aunque obra prohibida, por privilegio que le concedió en Roma y en audiencia particular el papa Pío sexto el día 15 de junio de 1780».¹

Viera ardía en deseos de poseer la nueva *Enciclopedia* refundida. Continúa en París su cofrade el abate don Antonio José Cavanilles, que se la proporciona. Desde Canarias le acusa recibo en carta de 6 de octubre de 1787: «Doy a usted muchas gracias por su constante cuidado en las remesas de las entregas que de la enciclopedia metódica van saliendo en esa Capital, y ya considero las últimas en Madrid según las noticias del correo pasado».² Los envíos se precipitan. Tres años más tarde escríbele desde Canaria al marqués de Villanueva del Prado, ahora en La Laguna (9 de enero de 1790), «que en la última embarcación de Cádiz ha recibido una remesa Enciclopédica de 31 volúmenes».³ Y al marqués de Santa Cruz participábale, bastantes meses antes (18 de octubre de 1788), refiriéndose a la Química: «El diccionario de la Enciclopedia Metódica sobre esta facultad que ha empezado a salir me gusta mucho por su plan y claridad, como trabajado por el célebre Morveau, consejero en el parlamento de Dijon».⁴

Ahora bien, la nueva *Enciclopedia* se publicaba por medios tomos. El primero de Química aparece el 8 de mayo de 1786. La segunda mitad, en 23 de noviembre de 1789. De uno a otro, el autor, Guyton-Morveau, muda de hombro su fusil. En el primer medio volumen fué partidario de la teoría del flogisto. En el siguiente adopta la de Lavoisier y rectifica en una Advertencia preliminar lo que en aquél la contradiga. ¿Cómo había Viera de renegar del flogisto antes de conocer por Guyton-Morveau la nueva doctrina? ¿Llegó a convertirse a ésta? Nada hay escrito que nos lo aclare. Queda en duda el punto de saber su criterio final en Química; pero queda absuelto de la tacha de ignorancia o atraso.

Lo único que pudiera ponerse a su cargo es que al asistir en París a una sesión de la Academia de las Ciencias, en unión del duque del Infantado y del señor marqués de Santa Cruz, el día 18 de julio de 1778, a las cuatro de la tarde, no adivinara, al ver a Lavoisier leer su

¹ Archivo Histórico Provincial de Las Palmas. Protocolo para 1811 del Notario don Juan Nepomuceno Pastrana: Folio 449. Sig. 71-3/2675.

² VIERA, *Cartas familiares*, pág. 51.

³ *Ibidem*, pág. 59.

⁴ *Ibidem*, pág. 56.

memoria sobre los gases a vapores aeriformes,¹ que este señor, al parecer tan inofensivo, era quien había de matar al *flogisto*, tan caro a sus maestros.

Investigación ESTE punto hubiera quedado dilucidado si supiéramos con certeza el paradero de la *Enciclopedia metódica*.² o mejor, de la parte de la misma que poseyó Viera.

Fué libro apreciadísimo, que utiliza y recomienda a cada paso. En 23 de diciembre de 1791 escribe desde Canaria al marqués de Villanueva del Prado: «Entre tanto, considéreme Vd. reducido, por fruto de la experiencia de mi vida, a una indiferencia, independencia, e *insouciance* Canonical, que es algo más que filosófica; a mi Coro, mi cuarto alegre y despejado, mi Gabinete, ocupado de cachivaches de Historia Natural, y mi Librería, cuyo estante presenta en su primer término una *Reverenda Comunidad de 145 volúmenes*³ de la *Enciclopedia Metódica*, en hábito y negligencia Franciscana; y no mui lexis las obras Botánicas del amigo Cavanilles, cuya primera entrega de las *Icones plantarum*, en que trabaja, recibí los días pasados, con unas estampas grabadas con el mayor primor y esmero».

Ahora bien: ¿a qué aludía Viera al hablar del hábito y negligencia franciscanos con que vestía su reverenda comunidad de volúmenes enciclopédicos? No cabe duda que éstos no estaban encuadernados, como los 39 volúmenes de la primitiva *Enciclopedia* de Diderot, legada al Cabildo. Pero, ¿quiere decir, además, que el color de esta cubierta a la rústica semeja el pardo sayal de la orden seráfica, o meramente recuerda su burdo paño el mal papel que la envuelve?

¹ VIERA, *Viaje a Francia y Flandes*, pág. 128.

² *Encyclopédie méthodique ou par ordre de matières, par une Société de Gens de lettres, de savans et d'artistes. Précédée d'un Vocabulaire universel servant de Table pour tout l'Ouvrage: et Ornée de Portraits de MM. Diderot et d'Alembert, premiers Éditeurs de l'Encyclopédie.*

³ Seguramente medios tomos. Aun así parécenos excesivo. Los existentes en la Real Sociedad Económica de La Laguna son muchos menos: 42 de texto y 3 de láminas. En total, 45. ¿Habría Viera, por distracción, puesto un 1 ante estas cifras? Es lo más probable, si atendemos a la inverosimilitud de que en 10 años se imprimieran tantos volúmenes (promedio, uno mensual) y en los 40 siguientes sólo 21 (cada dos años uno). Esta carta es inédita, como otras muchas de Viera y sus corresponsales, sobre todo de Cavanilles, que atesoran los legajos de la Biblioteca provincial y Sociedad Económica de La Laguna de Tenerife.

Si lo primero, queda descartada la posibilidad de que la *Enciclopedia Metódica* —que, con todo el método que su título requiere, va digiriendo, como único lector, la polilla de la biblioteca de la benemérita Sociedad Económica de La Laguna— haya pertenecido a Viera. El endeble papel azul de su forro, aunque humildemente seráfico, no puede calificarse de franciscano por el color. Si Viera no se refería a este particular, queda aclarado —si los volúmenes fueron suyos— que no pudo conocer la muerte del flogisto, porque la Económica no alberga el siguiente tomo de la *Chimie*, que le extiende la esquela de defunción, salvo que la polilla se lo haya tragado. En todo caso, es en el tomo III (impreso en 1796) donde se encuentra la historia de la revolución química (págs. 342 a 561), en un extenso artículo debido a Fourcroy. Por otra parte, entre los maestros de química de Viera en París, los hubo tan refractarios a las teorías de Lavoisier como Sage, que llegó a la Restauración francesa, en pleno siglo XIX, fiel al imponderable flogisto, de que fué último mantenedor.¹

A fines de noviembre de 1787 escribe Viera, desde Canaria, al marqués de Villanueva del Prado, una carta que lleva a La Laguna el padre maestro Rainoso: «Usted, él y yo —le dice— somos en el día los tres más célebres viajeros y más Cookes que habitan las Afortunadas».² Más adelante añade: «De mi marqués de Santa Cruz tengo también cartas en todos los correos, y ahora me decía que el condesito de Saldaña, hijo mayor del duque del Infantado, acababa de llegar a Madrid con su ayo el célebre Cavanilles, quien venía para que el Nuncio Vincenti le diese la colación de su abadía de Ampudia». Un año más tarde escríbele al marqués de Santa Cruz: «Considero a los Señores del Infantado restituidos otra vez a París, donde... el mismo Cavanilles, dejando de ser Abad para volver a ser Abate, proseguía llenando el mundo con sus disertaciones botánicas».³ Otro año más y, en 1789, el insigne abate Cavanilles regresa definitivamente a su patria.⁴

No sabemos si a partir de entonces sigue remitiendo la *Enciclopedia* en publicación a Viera y Clavijo. No deja de ser curioso, y hasta

¹ MAURICE DAUMAS, *Lavoisier*, París, Lib. Gallimard, 1941, pág. 248.

² VIERA, *Cartas familiares*, pág. 52.

³ VIERA, *Cartas familiares*, pág. 57.

⁴ JOSÉ PIZCUESTA, *Elogio histórico de don Antonio José Cavanilles*, premiado por la Real Sociedad Económica de Valencia en el año 1826. Impreso en los talleres de don Benito Monfort, impresor de la Real Sociedad, en 1830. Reimpreso en 1906, a expensas del Conde de Cerragería (de la familia Cavanilles, como hijo de doña Antonia Cavanilles y Federici, sobrina-nieta del famoso sacerdote), que repartió gratuitamente la numerosa tirada.

ejemplar, que sea precisamente Cavanilles quien suministre a Viera la monumental publicación francesa. Insertó ésta en su sección de Geografía¹ una descripción de España, nada halagadora, escrita por M. Masson de Morvilliers, que acaba preguntándose: «¿Qué se le debe a España?» (*Que devons-nous à l'Espagne? qu'a-t-elle fait pour l'Europe depuis deux siècles? qu'a-t-elle fait depuis mille ans?*).

Cavanilles sintióse herido. En la afamada imprenta de Didot (*l'ainé*) y en idioma galo, publicó una impugnación, pronto traducida al español y al alemán.² Antójasenos algo declamatoria. Mas juzgamos que a M. Masson le debemos que espoleara la vocación de Cavanilles por la Botánica, impulsándole a demostrar, con sus trabajos, en el reino de Flora, y no con estériles alegatos, que algo se le debía a España en esta rama de la ciencia.

En las esferas oficiales también tuvo resonancia el malhadado artículo geográfico de la nueva Enciclopedia. Apenas llegaron sus ejemplares a Madrid, el primer ministro, conde de Floridablanca, pidió uno al librero Sancha, y se lo comunicó a Carlos III, que manifestó su desagrado.³ El embajador en París, conde de Aranda, reclamó ante el ministerio francés, quien pasó un oficio al guardasellos (ministro de Justicia), y éste suspendió al censor, detuvo la impresión y prohibió la venta. El gobierno español, por su parte, acordó acompañar los ejemplares que en España estaban a la venta, de una *Nota* —que hemos leído, complacidos, en el de la Económica de La Laguna—, en la cual se declara, *para desengaño de los lectores*: «ser falsas por la mayor parte, en la substancia o en el modo, las especies que en esta misma obra tratan de España, de su gobierno y costumbres de sus naturales, y aun de su historia literaria, comercio y artes».

¿Con la nota quedaría desengañado Viera, que había escrito al Conde de Aguilar, embajador de S. M. C. en la corte de Viena, al referirle su entrada de regreso a la Península, en carta de 19 de julio de 1781: «Pero esta buena idea que los Vizcaínos pudieran dar de nuestra

¹ *Encyclopédie méthodique. — Géographie dédiée et présentée à Monseigneur le Comte de Vergennes, Commandeur des Ordres du Roi, Ministre et Secrétaire d'Etat, ayant le Département des Affaires Étrangères, Chef du Conseil Royal des Finances, etc.* — Tome premier. — A Paris, chez Jacques Thévin, Libraire. — M. DCC. LXXXIII. Avec Approbation et Privilège du Roi.

² *Observations de Mr. L'Abbé Cavanilles sur l'article Espagne de la nouvelle Encyclopédie.* A Paris, chez Alex. Jombert jeune, rue Dauphine, M. DCC. LXXXIV. Avec approbation, et privilège du Roi, 156 págs.

³ CAYETANO ALCÁZAR MOLINA, *El Conde de Floridablanca* (Notas para su estudio). Publicaciones de la Universidad de Murcia. Madrid, 1929, págs. 82 y 83.

España la echó luego a perder el paso por Castilla la Vieja, la chocha, la decrepita, puesto que no veíamos sino lugares dispersos, ya casi demolidos, hombres y mugeres con figuras de espectros, todos negros, puercos, y cubiertos de andrajos?»¹ Bien es verdad que, a 31 de agosto siguiente, pone freno a tanta franqueza al escribirle a don Isidoro Borsarte, secretario del Conde de Aguilar y perpetuo de la Real Academia de Nobles Artes de Madrid: «En el día no espere usted de mí otras noticias de esta región, porque la murmuración nunca es lícita, mayormente si es de la madre patria». ¿Por qué tanto recelo epistolar, en contraposición con el desahogo de las charlas vienesas que rememora? Ya dice Viera que «muy mal podía una carta ser el equivalente de aquellos incomparables ratos; porque, ¿cómo podrá una pobre carta filósofa combinar, analizar, pensar, parir nuevas ideas, criarlas, discurrir, delirar? Una carta no sirve para esto, y si la escribiera yo de otro modo que como se escriben en España *habría un tumulto*».² Y, en efecto, las cartas del abate Viera parecen escritas en Ferney.

La Botánica, *scientia amabilis*, bajo el impulso de Bernard de Jussieu, conquistaba, todos los días, nuevos cultivadores, acrecidos por la influencia literaria de Jean-Jacques Rousseau. Contagióse Cavanilles de esta afición, al oír de su discípulo, en París, el año 1781, repetir la descripción científica de una flor, que poco antes había oído a su maestro el abate Chaligni, que habitaba el mismo inmueble.³ El 18 de mayo encontrábase de nuevo en su querida Lutecia el *abate* Viera, en compañía del Marqués de Santa Cruz y su flamante esposa, *del Danubio ninfa bella y rara*, que por aquellos días cumplía dieciocho abriles. En hora y cuarto de viaje, fuera de París, se traslada a la casa de campo de la Chevrette, donde reside a la sazón la duquesa del Infantado, cuyo marido había ido a Madrid. Viera anota en su *Diario*: «Me alegré infinito de abrazar a mi buen amigo y compañero el abate Cavanilles, y al condesito de Saldaña su gallardo discípulo».⁴

A partir de esta fecha y reencuentro, los dos abates españoles consagran lo mejor de su tiempo al culto de la Botánica. Viera achácale a Cavanilles el contagio de tan viva afición, cuando le escribe de

¹ VIERA, *Cartas familiares*, pág. 21.

² VIERA, *Cartas familiares*, págs. 25 y 26.

³ PIZCUESTA, *Elogio histórico...*, pág. 18, Madrid, 1906, y en la pág. 198 de la *Noticia de la vida literaria de Don Antonio Josef Cavanilles*, por D. Mariano La Gasca (1804), inserta en la obra de REYES PRÓSPER citada en la nota 3 de la pág. 569.

⁴ VIERA, *Viaje a Alemania*, pág. 72.

Madrid el 2 de octubre del siguiente año 1782: «Llegaron los cajones de libros, sanos y salvos, y todos han reconocido sus respectivos dueños. Espero en la próxima futura remesa, los Lineos y compañía, pues si *V. me empezó a volver el juicio con sus herbarios*, me lo ha acabado de rematar el soberbio nuevo jardín botánico, que he encontrado a vuelta de mis viajes, armado en tan poco tiempo como por encantamiento y brujería, y trazado con tal primor, que no dudo venga a ser uno de los mejores de Europa. El 2.º catedrático don Antonio Palau, gran lineísta, es mi amigo, y el curso público que se da en una sala a que concurren bastantes oyentes, tiene un cierto aire Parisiense: *Sic parvis componere magna volebant*».¹ Ya le había dicho al mismo Cavanilles, un mes antes (18 de septiembre de 1782): «Yo había empezado desde mayo a hacer en el jardín Real de Madrid mi corte a la señora Flora, bajo los auspicios del profesor Palau, mi amigo, pero mi venida a este campo y la formidable piedra que cayó el día de Santa Ana, dejando arruinado aquel jardín, suspendieron casi a un tiempo mi diversión».² Remata la carta con este acuse de recibo: «Hace quince días que llegaron de Bayona los libros para el señor marqués de Santa Cruz y para mí. Creo que en París tendrá usted algunos otros que enviarnos, y aun hay que añadir los de la adjunta lista». ¡Ay!, en vano hemos buscado, en el viejo caserón del palacio matritense de Santa Cruz, estos volúmenes de las preciosas ediciones dieciochescas.

Regentaba el Real Jardín Botánico don Casimiro Gómez Ortega, como catedrático interino en 1771 y desde 1772 en propiedad, por oposición pública.³ Era segundo catedrático Don Antonio Palau y Ver-

¹ VIERA, *Cartas familiares*, pág. 29.

² VIERA, *Cartas familiares*, pág. 26.

³ EDUARDO REYES PRÓSPER, *Dos noticias históricas del inmortal botánico y sacerdote hispano-valentino Don Antonio José Cavanilles por Don Antonio Cavanilles y Centí y Don Mariano La Gasca. Con anotaciones y los estudios bio-bibliográficos de Cavanilles y Centí y de La Gasca*. Madrid, 1917. Edición costeada por el Conde de Cerragería, celoso propulsor de la memoria de su pariente. Su primer cuidado, al acabar la última guerra civil española, fué restaurar de las averías que sufrió por bombardeos la escultura de Cavanilles que ostenta el Jardín Botánico de Madrid, según nos ha referido su Director Don Arturo Caballero.

El archivo de Cavanilles consérvase por otro descendiente, recién fallecido, el general Valdés Cavanilles, que amablemente nos permitió su consulta. No encontramos muestra de la frondosa correspondencia de Viera. Tampoco hay papel suyo en el archivo del vetusto palacio madrileño del Marqués de Santa Cruz (San Bernardino, 14), que nos fué franqueado con toda generosidad por sus actuales titulares, gracias a la amistad que les une con el culto Ingeniero Sr. Urrutia (Don Victor) y señora, a quienes expresamos nuestro reconocimiento.

dera, el amigo y maestro de Viera. En colaboración publicaron ambos catedráticos, en 1785, un curso teórico-práctico de Botánica, para la enseñanza del Real Jardín.¹ Diez años antes Don Antonio Palau dió a la estampa una excelente aclaración de los *Fundamenta botanica* (1736) y *Philosophia botanica* (1751) del inmortal Linneo, donde los aforismos latinos de éste van seguidos de interesantes ampliaciones en español.² Este hermoso manual de trescientas páginas, donde compite el primor tipográfico con la amenidad expositiva, se completa con una colección de 10 láminas, bien delineadas, consagradas a la clara representación de los bulbos y raíces, tallos y troncos, disposición de los pedúnculos, hojas sencillas, hojas compuestas, determinación de las hojas, fulcros o atavíos, partes de la flor y partes del fruto.

Exigía Linneo, como condición *sine qua non*, para denominarse Botánico, aprender todas las plantas en un año, sin maestro, figuras ni descripciones.³ Y aquí vemos a Palau adelantarse a Cavanilles en media docena de años, en su defensa de la inédita Ciencia española. Pues que el admirado Linneo, como quisiera mencionar las plantas indígenas de cada región y autores que las han estudiado, no halló nada escrito sobre las de España, y no pudiendo contener su enojo se *dolió de que en un país europeo civilizado existiera en su tiempo tanta barbarie en Botánica*.⁴ Esto súpolo toda Europa, por haberlo dicho en un latín no menos bárbaro, que perdura hasta nuestros días como lengua de esta rama de la ciencia. Y como en el caso de Cavanilles, resúltanos más convincente, para impugnarlo, *a posteriori*, las publicaciones de Palau, que la trabajosa enumeración que éste hace de científicos españoles, que no han dejado rastro. La misma impresión produce Menéndez Pelayo, un siglo más tarde, en análoga polémica rediviva.

¹ CASIMIRO GÓMEZ ORTEGA y ANTONIO PALAU VERDERA, *Curso elemental de Botánica teórico y práctico dispuesto para la enseñanza del Real Jardín Botánico de Madrid de orden del Rey. Con superior permiso. En Madrid, en la Imprenta Real. Año de MDCCLXXXV.—XIV, 226 págs. Parte práctica, XL, 184 págs. Con 1 lámina.*

² ANTONIO PALAU y VERDERA, *Explicación de la Filosofía y Fundamentos botánicos de Linneo, con la que se aclaran y entienden fácilmente las Instituciones botánicas de Tournefort. Parte teórica. Con privilegio. Madrid: Por Don Antonio de Sancha. Año de M.DCC.LXXVIII. Se hallará en su casa a la Aduana Vieja.*

³ *Sic plantae omnes uno anno, primo intuitu, absque praeceptore, sine iconibus aut descriptionibus, constant memoria addiscuntur. Ergo, qui hoc novit, Botanicus est, alius non.* LIN., *Philos. Botan.*, pág. 97.

⁴ *Dolendum est, quod in locis Europae cultioribus, tanta existat nostro tempore barbaries Botanices* LIN., *Biblioth. Bot.* Pág. 77. Anno 1735.

En el caso de Linneo, no fué sólo el botánico Palau quien sintió el sonrojo de nuestro atraso científico. Fué compartido por el ministro Carvajal, a quien comunicó la hiriente frase linneana el miembro de la londinense *Royal Society* Roberto More.¹ En este siglo de la Ilustración demostró Carvajal ser ministro ilustrado. Por su encargo, el Marqués de Grimaldi, embajador de España en Suecia, pidió a Linneo enviárale uno de sus mejores discípulos. Vino Loeffling, el más querido del botánico sueco, a sueldo del Gobierno español, en 1751. Formó la Flora matritense, con más de 1.400 plantas. En febrero de 1754 partió en misión oficial a América, donde moría —en el Orinoco— dos años después. Herborizó en Canarias, Cumaná y Guayana. Linneo pudo publicar la obra póstuma de Loeffling, *Iter Hispanicum*, dedicada a Fernando VI. Quedó lavada la mancha de nuestra ignorancia por las múltiples publicaciones botánicas de españoles que se siguieron.

No poco contribuyó a la propagación de la Botánica en España una compendiosa traducción o adaptación de la *Sistemática* de Linneo, editada por Palau en 1787,² con apoyo del primer Secretario de Estado, el Conde de Floridablanca.

Los citados libros son los principales que utilizó Viera, en sus investigaciones botánicas, a su regreso a Canarias. Él mismo los recomienda a su amigo el Marqués de Villanueva del Prado, en carta de Canaria (23 de octubre de 1788): «Poseo a la verdad algunos rudimentos de la botánica especulativa, y con mi Linneo y mi Le Mare, suelo deslindar las genealogías de las plantas en vista de su fructificación; pero, amigo, en esto de la práctica de la jardinería botánica soy un bolo. V. me pide a lo menos noticias de los libros que hacen al caso, y pues dejo ya dicho que Linneo en lo especulativo es el san Agustín de esta ciencia, puede usted hacer venir la traducción castellana de sus obras que acaba de publicar mi amigo don Antonio Palau».³

Mientras tanto, el abate Cavanilles no descansa. Su vocación revelóse en 1781. Invierte cuatro años en asistir a las clases del Jardín de Plantas parisién y en herborizar directamente en los alrededores de la

¹ *Noticia histórica del señor don Antonio José Cavanilles*, por don ANTONIO CAVANILLES (1841), pág. 22, inserta en la obra de REYES PRÓSPER citada en la nota 3 de la pág. 569.

² ANTONIO PALAU Y VERDERA, Segundo Catedrático en el Real Jardín Botánico de esta Corte, *Sistema de los Vegetables o Resumen de la parte práctica de Botánica del Caballero Carlos Linneo, que comprehende las clases, órdenes, géneros y especies de las Plantas, con algunas de sus variedades*.— De orden superior.— Madrid: en la Imprenta Real. MDCCXXXVIII.

³ VIERA, *Cartas familiares*, pág. 58.

capital de Francia. Traba amistad con Antonio Lorenzo de Jussieu, profesor de Botánica del Jardín Real y perteneciente a la pacífica dinastía de los Jussieu botánicos, autor de un nuevo método de clasificación que denominó *natural*, expuesto en su *Genera plantarum*. Enfráscase Cavanilles en el estudio de aquella clase de vegetales llamada por Linneo *Monadelphas*, por tener sus flores los estambres unidos por los filamentos. En 1785 lanza al público, en París, el primer tomo de una espléndida monografía sobre esta familia de las malváceas, seguido, en años sucesivos, de otros dos, que comprenden diez disertaciones y y acompañan 296 láminas, casi todas de su mano, pues aprendió a dibujar con esmero, por no quedar contento con las primeras que delineó un artista.¹

Los originales de estos cuidadosos dibujos los hemos examinado en el archivo del Jardín Botánico de Madrid, donde se custodian encuadrados en tres volúmenes en folio.² Las cartulinas dicen al dorso, con letra y rúbrica de Cavanilles: *Hotel del Infantado rue S. Florentin place de Louis XV*. A continuación, las fechas, diferentes para cada hoja, se extienden del 2 *Febrier* (sic, ya rectificada en *Fevrier*) de 1786 a 24 de agosto de 1789.

Después del último viaje de Viera a París, en 1781, el Hotel del Infantado se ha mudado de barrio, y de margen del Sena. Entonces, estaba en la orilla izquierda, calle de Grenelle, en el aristocrático *Faubourg Saint-Germain*, de los lujosos palacios. La prestancia de la noble calle de Grenelle ha sido humillada por la moderna apertura del ancho Boulevard de Saint-Germain, que enlaza el orgulloso empaque del blasonado barrio con la bulliciosa alegría del estudiantil Barrio Latino. Interpónese, como poder moderador, el apacible Jardín de Luxemburgo.

En 6 de junio de aquel año, el abate Vicra dirígese de la Plazucla del Palais Royal, entonces propiedad del Duque de Orleans, al Hotel del Infantado, en la calle de Grenelle.³ Para pasar de una a otra banda

¹ *Clasis Monadelphiae decem dissertationis botanicae*. Parisiis, apud Franciscum Amb. Didot: 1785, 1786, 1787, et seq. cum approbatione et privilegio Regiae Scientiorum Academiae. 3 tomos.

² El primer folio dice: «Obsequio de las Religiosas del Sagrado Corazón a la señora D.^a Antonia Cavanilles, Condesa viuda de Cerragería, sobrina-nieta del Autor. 1.^{er} Viernes, 6 de Febrero 1920». Debajo, autógrafo: «La dono al R. Jardín Botánico de esta Corte como homenaje a la memoria del sabio Sacerdote D.ⁿ Antonio José Cavanilles, su autor — Antonia Cavanilles y Federici C.^{sa} V.^{da} de Cerragería. Febrero de 1920».

³ VIERA, *Viaje a Alemania*, pág. 79.

del río Sena, su itinerario fué: calle del Puente nuevo, puente Real y calle de Bac. Si hoy siguiera esta ruta, tomárasele por loco. Es un rodeo que significa perder kilómetro y medio. Pero, entonces, interpóníase la inmensa mole del Palacio del Louvre y el de las Tullerías, moradas regias, que no podía atravesar un simple abate, por muy acicalado que se presentara. En 1786, ya no le habría sido preciso cruzar el Sena. El Hotel del Infantado hallábase en la actual Plaza del Obelisco o de la Concordia, en la misma margen del Sena y en la misma calle, hoy de Rivoli, que el Palais Royal. Quien había de cruzar diariamente el río era el abate Cavanilles, para asistir a las clases y herborizaciones del Jardín de Plantas.

Hallábase Cavanilles en España desde 1789. En 16 de junio de 1801 fué nombrado catedrático de Botánica y Director del Jardín matritense, para suceder a Gómez Ortega, retirado con todo el sueldo. No merecía menos el repatriado abate valenciano, por su monumental estudio de la Flora española, publicado a partir de 1791, en seis grandes tomos, con más de setecientas descripciones y seiscientas láminas dibujadas por su mano.¹ En 30 del mismo mes de su nombramiento, daba la primera lección pública, que continuó con éxito creciente, hasta obligarle a trasladar la clase a salón más espacioso. No era su enseñanza de mera nomenclatura; introdujo el estudio de la fisiología vegetal. Adoptó para la clasificación el sistema sexual de Linneo; pero con numerosas correcciones, para atender al adelanto de la Ciencia. Suplicáronle sus discípulos recogiese por escrito sus enseñanzas. El incansable Cavanilles, para atenderlos, publicaba en 1802 un abultado volumen de más de seiscientas páginas con la descripción de las plantas (460 géneros y 1 168 especies, muchos nuevos) que había mostrado en el curso precedente.²

Desde Canaria seguía Viera, muy de cerca, esta viva fermentación de la Botánica española. De ello hay numerosos rastros en su correspondencia y otros escritos. En su precioso *Librito de la Doctrina Rural*,

¹ *Icones et descriptiones plantarum, quae aut sponte in Hispania crescunt, aut in hortiis hospitantur. Matriti, ex typographia Regia, 1791 et seq. 6 tom. fol.* Refiérese a su primera entrega Viera y Clavijo en la carta de 23 de diciembre de 1791, que antes citamos.

² La edición que poseemos es posterior a la muerte de Cavanilles (1804) y de Viera (1813). Titúlase: *Descripción de las plantas que Don Antonio Josef Cavanilles demostró en las lecciones públicas del año 1801 precedida de los principios elementales de la Botánica*. De orden superior. Madrid, en la Imprenta Real, año 1827, 625 págs. sin láminas.

de 1807,¹ en forma de catecismo, define concisamente los caracteres distintivos de las dos clasificaciones que se disputaban la preferencia de los botánicos:

P. Qual es el Sistéma de Tournefort?

R. El que da a conocer las clases de las plantas por la figura de sus Rosetas, como si son *campanudas, aclaveladas, amariposadas, aparasoladas, azucenadas*, etc.

P. Y el Sistema de Lineo?

R. Ese es el más seguido, y da a conocer las *Clases* de las plantas por el número de sus *Estambres* y los *Órdenes* por el de sus *Pistilos*; llámase Sistema Sexual, por que los Estambres son evidentemente los Machos, que fecundan a los Pistilos, que son las Hembras, sin cuyas bodas no hoy [sic] frutificación... Pero dexemos esto para la Botánica.

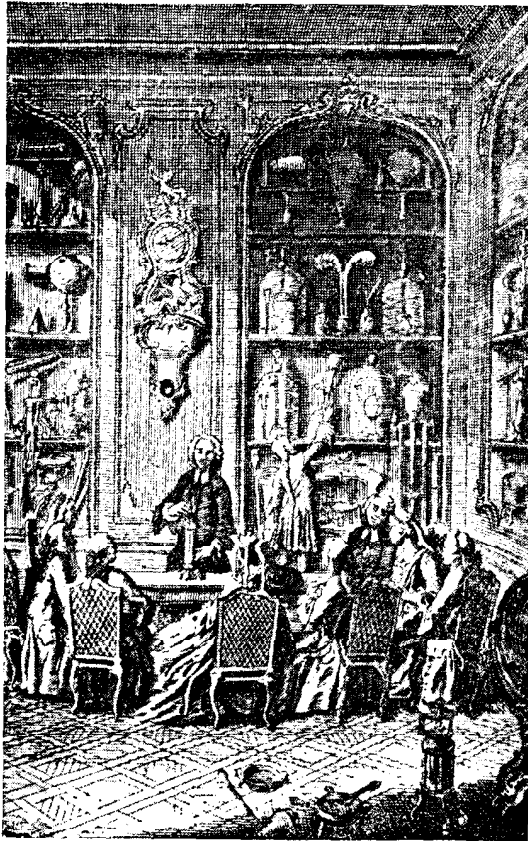
No para la Botánica, sino para un verdadero y original poema, compuesto en 1806, reservó las bodas de las plantas.² ¡Cuánto ha adelantado el poeta desde que intentó celebrar en verso los globos aerostáticos! ¡Qué soplo virgiliano al iniciar su canto!

*Los desposorios de la amable Flora
Cantar en un vergel es mi deseo:
Templa su voz mi lira, y suave implora
Para el epitalamio, no a Himeneo,
Sino al que la Botánica ya adora
Por Numen fiel, al inmortal Linneo,
Al primero que vió en las plantas todas
Los sexos, los amores y las bodas.*

En este año de 1806, que fué asimismo el de redacción de la *Doctrina rural*, el abate Viera estaba positivamente en vena poética. Rema-

¹ *Librito de la Doctrina Rural, para que se aficionen los jóvenes al estudio de la Agricultura, propia de hombre*. Por el Director de la Real Sociedad Económica de Amigos de Gran Canaria, en obsequio de este mismo cuerpo patriótico. En la Imprenta de la Real Sociedad: Por Francisco de Paula Marina. Año de MDCCCVII. 142 páginas, con un excelente grabado alegórico al agua fuerte por J. Ossavarry.

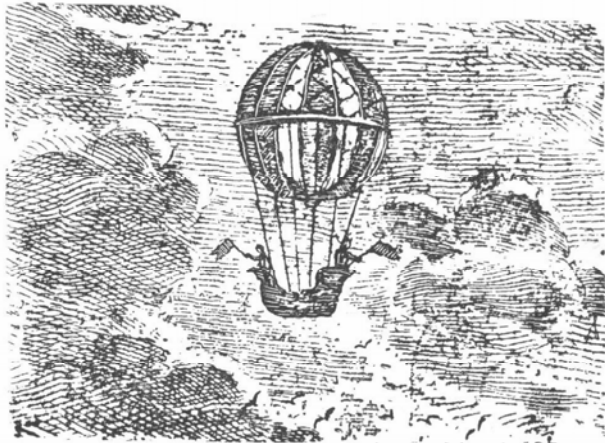
² *Las bodas de las plantas. Obra original en un canto. Dedicase a la Quinta del señor Don Pedro Bravo de la Huerta en San José de la Vega, Isla de Canaria*. Reproducido en las páginas 111 a 125 del *Juicio crítico del historiador de Canarias Don José de Viera y Clavijo, Arce-diano de Fuerteventura*, por JOSÉ RODRÍGUEZ MOURE, Presbítero. Con un prólogo de Don Antonio Zerolo. Editor: A. J. Benítez, Santa Cruz de Tenerife. Año de MCMXIII.



Lección de Física Experimental



Palacio de Santa Cruz



Clobo aerostático

Grabado del poema de Viera y Clavijo,

Los aires fixos.

ta el librito con esta impecable traducción de las *Geórgicas* de Virgilio, que aun deleitan con su nostalgia, después de tanto trozo retórico glorioso y del discurso cervantino del *Quijote*:

O costumbres campestres envidiables!
 Días de la edad de oro, antigua Era
 En que estaban los hombres sin a fanes [sic].
 Y sin dueños maléficos las bestias:
 En que huestes ningunas todavía
 Se juntaban al son de la trompeta,
 Ni sobre el duro yunque se forjaba
 La destructora espada de la guerra.

Forjábese, entonces, el gladio napoleónico, que dos años más tarde sumiría a España en los desastrosos acontecimientos de la guerra de la Independencia. El propio Viera, que con Virgilio suspiraba por la beatífica edad de oro, hubo de componer en 1809 la *Marcha del Batallón de Gran Canaria*, puesta en música, donde ya no le sopla la inspiración de Belona.

Desde que se establece definitivamente en Las Palmas (1784), Viera dedica lo mejor de sus afanes a la investigación del contenido de las Canarias en mineralogía, flora y fauna. Es tal su actividad científica, que en quince años da fin a la abrumadora tarea de redactar un perfecto catálogo.¹ Nada tiene que envidiar al de su maestro Valmont de Bomare, que le sirve de pauta. Supera a Cavanilles en amenidad del estilo. El de Viera es incomparable. Su *Prólogo* es la obertura de una ópera bien orquestada:

«Yo viajo, y me acompaña un caballero de Madrid que acaba de llegar a estas islas. Él extiende la vista por nuestros campos: se pára, y atónito me dice: —Hállome en un país donde todavía conozco muy poco la gente; pero conozco mucho menos las plantas. Todo es para mí nuevo. ¿Cómo se llaman estos árboles que me rodean? No los he visto nunca... —Aquel, le digo, es un *Drago*, cuyo jugo purpúreo es una san-

¹ *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias, o Índice alfabético descriptivo de sus tres Reinos animal, vegetal y mineral*, por don JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO. Impresión promovida por la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas de Gran Canaria. Tomo I, Gran Canaria: Imprenta de la Verdad. Plaza de Santa Ana, núm. 8. 1866. LXXXI, 344 págs. Tomo II, Gran Canaria: Imprenta de la Verdad. Calle de San Justo, núm. 10. 1869, 311 págs. Fué escrita en 13 cuadernos en cuarto, año de 1799, declara Viera en las *Memorias* que encabezan esta edición póstuma (pág. LXII). Al publicarlos, omitiéronse el 9.º y 12.º, extraviados.

grc, una resina preciosa. La otra es una *Palma* descollada y longeva, cuyo fruto son dulces dátiles. Éstos son los *Plátanos*, *Musas* o *Bananos*, que erguidos y admirables por la amplitud de sus hojas, no menos que por lo tierno de sus troncos, dan grandes racimos de una fruta que se suele llamar *conserva del cielo*. El otro árbol siempre frondoso es el *Mocán*, cuyas melosas frutillas negras eran el principal regalo de los antiguos isleños...»

¿Trata del maíz? Viera detalla sus múltiples usos: «¿Quién no ha oído hablar del *gofio de millo* de los canarios? Para él se tuesta y muele, y esta sabrosa harina, o bien en polvo, o amasada con agua y sal, o con leche, o con caldo, o escaldado con manteca y grasa, o con miel, o en turrón, etc., ofrece un manjar sano y nutritivo. Igualmente la harina de este grano, molido en crudo, y mezclada con la de trigo, hace un pan sabroso. Con ella se hace el *frangollo*, que en Italia llaman *polenta*: y los *chafarraños*, o galletas de millo. Las hojas, las mazorcas, los palotes, o tallos de esta planta, todo se aprovecha...»

Mas no se crea que este insustituible *Diccionario de Historia Natural* sólo valga por sus datos botánicos. Hubo de ser consultado por nuestros excelentes amigos los cultísimos naturalistas Don Luis Bellón y Doña Emma Bardán, Director y Ayudante que fueron del Laboratorio Oceanográfico de Canarias, para la preparación de una monografía sobre un apartado tan especial como el de los peces elasmobranquios de estas islas, estudiados principalmente sobre los que figuran disecados en las colecciones de El Museo Canario, de que fué Conservador el señor Bellón. He aquí el juicio que les merece esta obra científica del sabio sacerdote isleño:¹

«En cada artículo del *Diccionario* da una reseña de los ejemplares, que si alguna vez es demasiado breve para poder decidir en casos dudosos, en la mayoría es lo suficientemente clara para reconocer la especie aludida, a pesar de las grandes variaciones y trasiegos que ha habido en la sinonimia ictiológica desde la época linneana a nuestros días... Las especies de Elasmobranquios Plagiostomos que cita Viera... son 13... o sea algunas más que las mencionadas por los ictiólogos de mayor solvencia que le siguieron, tales como Valenciennes y Vinciguerra».

Ni limitóse la actividad investigadora de Viera y Clavijo al campo de la Historia Natural. No olvidó tampoco su Química. Y así pro-

¹ LUIS BELLÓN URIARTE Y EMMA BARDÁN MATEU, *Nota sobre los peces Elasmobranquios de Canarias*. Ministerio de Fomento. Instituto Español de Oceanografía. Notas y Resúmenes. Serie II, núm. 53. Madrid, 1931, 39 págs. con 4 figuras y 9 láminas. Pág. 2.

cede, en 1785, al examen analítico de la fuente agria de Teror, y luego al de la de Telde, asimismo acídula; y por encargo del corregidor Don Vicente Cano al de la llamada de Morales, que hasta hace poco abasteció a Las Palmas, en caudal creciente de microbios, y menguante de agua, hasta que desapareció ésta con aquéllos. Estos análisis cualitativos, que hemos hojeado, emplean en esencia los mismos métodos de hoy.

Trató Viera a los hermanos Don Juan José y Don Fausto de Elhuyar, figuras señeras entre los químicos españoles, hijos de un médico de origen francés que ejercía en Logroño.¹ Fueron pensionados en 1778 (Juan José por el Rey, Fausto por la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, primera creada en España en 1764), a fin de estudiar con el famoso Werner, fundador de la Mineralogía moderna, en la célebre Academia de Minas de Freiberg, en Sajonia. En 1781, anota Viera en su *Diario*, hallándose en Viena:²

«Marzo, 12.— Pasé la mañana en la biblioteca Real copiando algunas noticias eruditas. Llegan de Sajonia los dos hermanos *Deluyares*, vizcaínos y pensionados por la Sociedad Vascongada para perfeccionarse en la mineralogía y metalurgia, mediante sus viajes».

Dos días más tarde:

«Marzo, 14.— Recibí cartas de Madrid y de París a las cuales contesté, y por la noche dimos un largo paseo por el *Prater* en compañía de los *Deluyar*».

La amistad se estrecha. En Marzo, 17: «Comí con los españoles en el cuarto de mi paisano *Jriarte*»... «Marzo 21: Por la tarde nos llevó Don Carlos Lelis a los amigos españoles, al jardincito, extramuros de Viena, desde donde fuimos a un montezuelo famoso por el atrincheramiento de los turcos, durante el mencionado sitio. Allí se encuentran algunas piedras calcáreas herborizadas». La común afición científica los une aún más: «Marzo, 30 y 31.—El día 30 por la mañana escribió [*sic*] el señor marqués una esquila en francés al doctor Ingen-hourf [*sic*] pidiéndole señalase día para que los Españoles *Deluyares* pudiesen disfrutar de sus curiosos experimentos, y por la tarde nos paseamos». Estos paseos se repiten el 1.º, el 7 y el 10 de abril. Los experimentos eléctricos del doctor Inger-hourz [*sic*] ejecutáronse el día 10 por la noche.

¹ E. MOLES, *Del momento científico español, 1775-1825*. Discurso leído en el acto de su recepción en la Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales, y contestación de B. Cabrera, el día 28 de Marzo de 1934. Madrid, 1934, págs. 66-69,

² VIERA, *Viaje a Alemania*, págs. 30-40.

La amistad con los hermanos Elhuyar fué sólida. Resistió dos años y medio de separación. Dícele Viera, desde Madrid, a Bosarte, secretario del Embajador en Viena, al final de su carta de 7 de octubre de 1783:¹ «Los amigos Delhuyar estuvieron en mi cuarto habrá dos semanas, refrescamos la memoria de los divertidos ratos que tuvimos juntos en Viena, y pasaron luego a los sitios para saber lo que dispone de sus conocimientos mineralógicos y metalúrgicos el ministerio». Gran año éste para los Delhuyares. Publican un *Análisis química del wolfram y examen de un nuevo metal que entra en su composición*.² Y este nuevo metal era el wolframio o tungsteno, de que tanto se usó en la última guerra mundial. Y este metal, cuyo punto de fusión está a 3.400° C., uno de los más elevados que se conocen, llegaron a iniciar su fusión los hermanos Elhuyar, sin más medios que fuego de carbón vegetal, avivado por el aire de un fuelle. Y en su luminosa Memoria, modelo del género, aparece el flogisto, que no impidió hacer descubrimientos a los químicos de la época que emplearon el laboratorio para sus trabajos, en lugar de la escolástica disertación.

El rasgo culminante del siglo XVIII, en la Filosofía natural, es el declinar del cartesianismo, de la razón razonante, sustituida por la experimentación, que Bacon había preconizado. «No adoptemos ningún sistema —escribe Fontenelle al abate Grozeller—; no somos bastante ricos para eso; hagamos muchas experiencias; amontonemos hechos». En 1741 escribía Bazin: «El sistema actual, en materia de física, es no tener ninguno».³

El profesor Mornet, en nuestros días, ha resumido magistralmente esta organización de la Ciencia experimental dieciochesca:⁴ «Pretendía ser un esfuerzo para comprender y explicar el mundo. Pero no era la primera en tentar esta explicación. La escolástica la daba todos los días, con seguridad. Pero, precisamente, no se quería ya seguridad. Con algunos razonamientos, que se pretendían lógicos, sin nunca observar nada, la escolástica daba cuenta de todo lo visible y lo invisible».

De una nota autógrafa de Cavanilles (testigo excepcional por su

¹ VIERA, *Cartas familiares*, pág. 39.

² La portada de una tirada aparte hecha en Vitoria, se reproduce en la pág. 74 (fig. 14) del citado Discurso académico de Moles. Fué traducido a varias lenguas extranjeras y citado con encomio en los mejores tratados de Química.

³ Citados por MORNET: *La Science de la Nature*, pág. 99 y 103.

⁴ DANIEL MORNET: *La Pensée française au XVIII^e siècle*. Paris, Libraire Armand Colin, 1938, pág. 85.

educación eclesiástica), que hallamos en el Jardín Botánico de Madrid,¹ hemos tomado estos expresivos conceptos: «Las ciencias naturales han de concordar con los hechos para que sean perfectas: de éstos han de nacer los principios generales, sin forzar los nuevos descubrimientos a las pretendidas leyes o axiomas generales y por lo mismo no son reprehensibles los que generalizaron los seres que conocieron, sino los que se obstinan en adoptar máximas antiguas contra los datos que nos suministran los nuevos descubrimientos». No lo diría mejor Claudio Bernard, al formular las leyes de la experimentación: «El arte de la investigación científica es la piedra angular de todas las ciencias experimentales. Si los hechos que sirven de base al razonamiento están mal establecidos o son erróneos, todo se derrumbará o todo se convertirá en falso; y así la mayor parte de las veces los errores en las teorías científicas tienen por origen errores de hechos».²

Un filósofo domina este siglo de Viera. Es Condillac, como él abate, y preceptor del Príncipe de Parma, para cuya educación escribió una *Lógica*.³ Lo contempló Viera, recién llegado a París (1777), en el reparto de premios de la Academia francesa, el día de San Luis (25 de agosto). Entró con billete de Mr. D'Alembert porque sin billete no se entra, y tuvo la satisfacción de ver las caras de los Marmonteles, Condillacs, Tomases, La Harpes, Delilles, etc.⁴ Por cierto que, al leer Mr. D'Alembert el trabajo del abate Remis, que obtuvo el premio de elocuencia, «como éste halló ocasión en un pasaje de la vida de su héroe (era un elogio del Canciller del Hospital), de zaherir la Inquisición, no sé quién hubo de advertir que Cavanilles y yo [Viera] éramos españoles y bastó esto para que al instante todo el concurso clavase los ojos en nosotros, lo que no dejó de abochornarnos bastante».⁵

No olvidó Viera a Condillac. A Cavanilles le pide desde Madrid (2 de octubre de 1782): «Item espero que usted me habrá de hacer el gusto de enviarme el discurso de Mr. Camfort [sic] a su recepción en la academia Francesa, ya que se trata en él el elogio del difunto e inmortal Condillac».⁶

¹ Signatura VI-3.

² CLAUDE BERNARD: *Introduction à l'étude de la Médecine expérimentale*. Deuxième édition. París, Librairie Delagrave, 1903, pág. 24.

³ *La lógica o los primeros elementos del Arte de Pensar...* escrita en francés por el ABAD [sic] DE CONDILLAC y traducida por DON BERNARDO MARÍA DE CALZADA, Capitán del Regimiento de Caballería de la Reyna. Madrid, MDCCLXXXIV, 203 págs.

⁴ VIERA, *Cartas familiares*, pág. 4.

⁵ VIERA, *Viaje a Francia y Flandes*, pág. 46.

⁶ VIERA, *Cartas familiares*, pág. 29.

Condillac no podía menos de ser grato a Viera. Ambos coinciden en un estilo límpido, sin afectación. Ambos coinciden en aquella naturalidad clásica que Condillac ha definido como *el arte convertido en hábito*. Sus ideas, en gran parte debidas a Locke, son claras, precisas, ordenadas. *El arte de raciocinar* —dice— *se reduce a una lengua exacta. Cuán sencillo es el razonamiento cuando la lengua lo es*. En su *Tratado de los Sistemas* dedica un capítulo a la *Inutilidad de los Sistemas abstractos*. Las operaciones del intelecto son un álgebra, cuyos signos son las palabras. Como filósofo hace derivar las ideas de las sensaciones. Supone una estatua, a quien se dota, uno tras otro, de sentidos y analiza las ideas que cada uno hará nacer.

Viera, en su testamento (30 de septiembre de 1811), lega a la Biblioteca del Seminario Conciliar, entre otras, *las obras del señor abate Condillac, en veinte y tres tomos, en pasta*.¹ Germinó esta semilla. Otro ilustre clérigo tinerfeño, trasplantado a Canaria, prolongó el sensualismo en la cátedra del Seminario, durante la primera mitad del siglo XIX.² Fué este humanista —Canónigo Doctoral, enciclopedista rezagado, de azarosa vida política, que sufrió luengo exilio, para librarse de la venganza de Fernando VII, cuya incapacitación había votado como Diputado de Canaria— Don Graciliano Afonso.

La estela de Condillac no se ha borrado. En 1868 escribía Hipólito Taine, el gran filósofo e historiador francés, al comentar los furiosos ataques dirigidos al sensualismo, *doctrina de los espíritus más lúcidos, más metódicos y más franceses que bayan honrado a Francia*: «De esta filosofía tan velozmente demolida, subsisten varias construcciones intactas; quisiera mostrarlas, antes de examinar la solidez del caserón tan bien decorado, donde la educación presente nos hace entrar, donde la autoridad de los maestros nos encierra, donde las conveniencias y las tradiciones nos confinan. El edificio del siglo diez y ocho, aunque desierto, es aún habitable, al menos en parte».³

Todavía en el XX no ha sido renegado. En 1904, proclamaba el refinado literato Anatole France, en quien se ha concentrado la quinta-

¹ Archivo Histórico Provincial, protocolo del Notario Pastrana para 1811. Testamento de Viera citado en la nota 1 de la pág. 564.

² GRACILIANO [ALFONSO ARMAS AYALA]: *Inquietud y comodidad*. Artículo del periódico de Las Palmas «Falange», publicado en el número de 27 de diciembre de 1949. Está dedicado a mi malogrado hijo Cirilo Benítez Ayala.

³ H. TAINE: *Les Philosophes classiques du XIX^e siècle en France*. Onzième édition. Paris, Librairie Hachette et Cie., 1912, pág. 7.

esencia dieciochesca: «Creo poseer un espíritu bastante claro. Soy un discípulo del viejo Condillac. Y cuando me dicen que ya no tiene discípulos, contesto, como el Martín de *Cándido*: «Yo lo soy».¹

Nota de la Junta Editora.—Desgracias familiares sobrevenidas a Don Simón Benítez Padilla, coincidentes con la redacción de esta memoria, han impedido le diese la cuidada revisión final que tiene por costumbre. La Junta Editora de esta obra agradece sumamente al autor que, sobreponiéndose a las dolorosas circunstancias aludidas, haya atendido cumplidamente su compromiso.

¹ Je crois posséder un esprit assez clair. Je suis un disciple du vieux Condillac. Et lorsqu'on me dit qu'il n'a plus de disciples, je réponds, comme le Martin de *Candide*: «J'en suis un». *Autobiographie écrite en 1904. («30 ans de vie sociale»)*.